

MARTIN FIERRO

Periódico quincenal de arte y crítica libre

10 Cts.

NUMERO DOBLE — EDICION DE 12 PAGINAS

10 Cts.

Segunda época, Año P. Núm. 12 y 13

Buenos Aires, Octubre — Noviembre 20 de 1924

Dirección y Adm.: Bustamante 27

COSAS DE MI PUEBLO Y DE MI TIEMPO

La militarización infantil

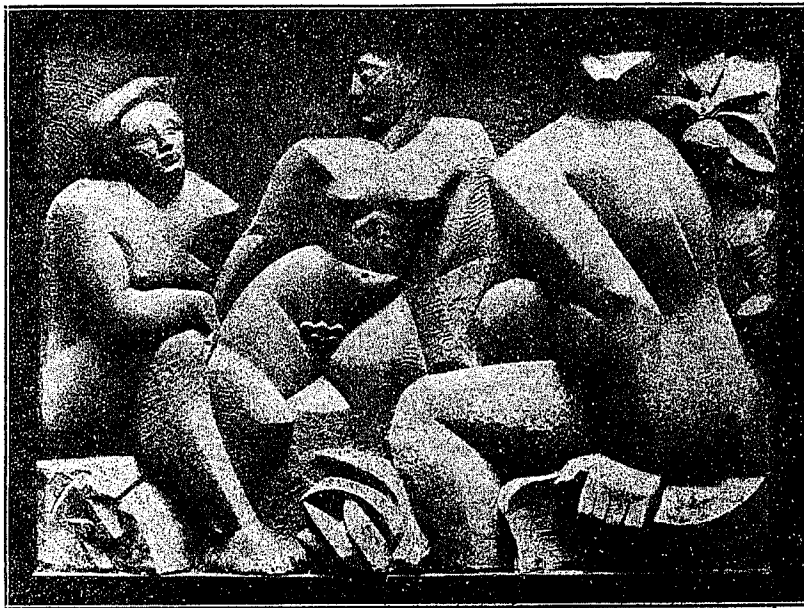
En los días que el Brasil celebraba jubilosamente el centenario de su independencia — hace de esto dos años, — encontrábase en Río de Janeiro y tuve oportunidad de presenciar uno de los actos populares más destacados de aquellas fiestas conmemorativas: el desfile de los "escoteiros" y de todos los alumnos de las escuelas de enseñanza primaria y secundaria, organizados militarmente, sobre una base análoga a los boy-scouts. Ese desfile de niños de 7 a 18 años, más o menos, dejó en mi espíritu una impresión dolorosa. Intencionalmente me aislé durante la tarde del desfile, de mis compatriotas compañeros de viaje y, solo, busqué colocación entre la nutrida concurrencia popular que llenaba calzadas y aceras, para presenciar la marcha interminable de tantos y tantos niños, organizados militarmente. No había en aquel desfile que cruzó durante varias horas por la Avenida Río Branco, ningún detalle que pudiera distinguirlo del desfile de fuerzas del ejército brasileño que habíamos presenciado unos días antes, con la exclusión única de la edad de quienes formaban en la columna infantil. En los dos desfiles, observábase igual marcialidad, es decir, esa exteriorización presuntuosa que ponen siempre en sus actos quienes se sienten centro de miradas observadoras o admiradoras. Y todo, todo, era absolutamente idéntico en apariencia: jerarquías militares, bandos de música, uniformes, armas — simuladas cuando eran llevadas por niños muy tiernos incapaces de alzar un fusil común, — exactitud de los movimientos, voces de mando, banderas, etc. Hasta el aspecto severísimo, dramático, de aquellos miles y miles de niños, era el mismo que habíamos observado días antes al paso de los batallones federales y que es el mismo en todos los desfiles militares.

Perdido entre el pueblo, que agrupado y con indudable emoción presenciaba el desfile, yo sufrí horas de inquietud mortificación que muchas veces volvieron a mí cuando el recuerdo me trajo nuevamente la escena de la Avenida de Río Branco. Sufrí por la desviación peligrosa en que yo veía a la inocente juventud de aquel pueblo, orientada así en un falso concepto de la vida, donde la fuerza armada, la jerarquía supuesta y el relumbrón exterior, existen, es verdad y tienen su papel, pero no pueden y menos deben constituirse en norma social o en preocupación infantil, que al fin y al cabo significa futuro pensamiento definitivo del hombre de mañana.

Yo estaba ahogado, con mi propia aflicción, por la suerte de esos niños y de ese pueblo, en medio del mismo pueblo entusiasta y alegre que veía, por el contrario, en la marcha de los niños militarizados un auspicioso ejemplo de la salud de la raza y de la pujanza del esfuerzo nacional a realizar. Nunca me preocuparon, sino como excesos económicos, las adquisiciones bélicas y por eso no pensé jamás en armamentismo temible ni cosa parecida, cuando vi desfiles, militares; aquella marcha de los niños-soldados en cambio era algo más grave y para mí era como meter los cañones y los fusiles dentro de las cabecitas infantiles, era torturar su cerebro, torcer su visión, llenar de pernicioso ficción sus jóvenes espíritus.

Terminado el cruce de las columnas de "escoteiros"

ARTE ARGENTINO MODERNO



PABLO CURATELA MANES. — Bajorrelieve (terracota).

por la Avenida Río Branco, volví a reunirme con mis compañeros de viaje y todos coincidían en reflejar "análoga impresión; aquel desfile "daba pena", "Entre el pueblo me pareció que nadie ni remotamente compartía mi preocupación; mis compatriotas, entretanto, coincidían unánimemente conmigo. La coincidencia me produjo desconcierto, a fuerza de ser extraña.

Los otros días recordé a todos los compatriotas con quienes conversé en Río de Janeiro el día del desfile. ¡Qué no hubiera dado por reunirlos para traer de nuevo el comentario de los "escoteiros" y llevarlos hasta la calle Florida, a presenciar el cruce marcial y bullicioso de nuestros "escoteiros", que en dos detalles se distinguen de los que vimos en la Avenida de Río Branco: en lugar de fusiles llevan simples palos, aunque con ademán de que fueran armas, y en los flancos de sus columnas militares marchan, de trecho en trecho, hombres ya maduros con otro uniforme, que no es militar, sino la negra sotana de los llamados "Padres

Salesianos". Aquí se llaman "boy-scouts" o "Vanguardias de la Patria", y poco importa el nombre; lo que debe preocupar es la tendencia maligna de estos pueblos, que de una institución saludable de ejercicios físicos y de sensata y suave disciplina quieren hacer a todo trance un elemento de perversión infantil, inculcando en los espíritus el concepto peligroso por equivocado y por antiguo, de que la fuerza, la apatía y la rigidez jerárquica deben constituir una preocupación fundamental del hombre. Mientras en nuestras escuelas fiscales, con muy buen tino, se sustituyen los ejercicios militarizados con movimientos gimnásticos y rítmicos, que dan soltura al cuerpo y alegría al espíritu, otros hombres con sotanas y otras escuelas con prejuicios, pretenden insistir en el salto atrás, como si todos ellos fueran duos únicos del futuro de nuestros muchachos, vale decir, del futuro de nuestro propio pueblo.

Leonidas CAMPBELL.

"A las tres bolas" (compra y venta)

I

Son almas solas,
ese violón, esa corneta,
esa mantilla española,
la pandereta.
El viejo tigre sin cola
que adora el pie de Musseta
y el gabán aceituado de algún Colline vagabundo
y haragán,
d'esos que leen a Kant
con voz de bajo profundo.

II

Tugurio de compra y venta
—polvillo sobre las cosas
que sufren la muerte lenta—
hoy has de abrir las mohosas
cerraduras de tus puertas
a mi canción y tú, viejo,
—bácilo ropavejero,
polichinela judío,—
tasarás mi sobretodo que ya ha caducado el frío.

III

Olor de manuscritos y de viejos libretos.
Retortas y compases. Vaho de naftalina.
Un Guy de Maupasant y cuatro monigotes
y el eterno Voltaire junto a Venus divina.
Sarcasmo de una cruz cristiana entre cuchillas.
Objetos que algún día desataron pasiones.
Corre un viento de siglos sobre la maravilla
con olor a los Borgia de los viejos sillones.
Junto a un burdo braguero, Pan toca la stringa
agreste y delibran los hermanos ratones.
Alza el verduzco vientre de goma una jeringa
sobre el polvo enfermizo de un libro de oraciones.
Gnomos de la polilla vagan por los rincones.
Una maquette, que fuera proyecto arquitectónico
en diálogo con una casilla de madera.
Los juegos malabares del traje chafalónic
de una tuberculosa muñequita de cera.
Cosas, cosas y cosas y un polvo hostil y frío;
olor a entierro pobre; catacumba al nivel
de las casas, complejo tenducho del judío

2ª. ENCUESTA DE "MARTIN FIERRO"

- 1º. — ¿Qué concepto le merece a Vd. la personalidad de M. Paul Groussac?
- 2º. — ¿Qué valor asigna Vd. a su obra literaria y sus estudios históricos?
- 3º. — ¿En qué medida la acción de M. Groussac, como creador o crítico ha influenciado en el desarrollo de la cultura literaria nacional?, o bien, ¿ha sido negativa su acción?

que acaso en otro tiempo pactara con Luzbel...
Y que cuenta dineros
como quien hace siempre barquillos de papel...

IV

Violín de compra y venta; entrañas
una historia sentimental.
¿Quién te condenó a telaraña?
Tú que tal vez solías sonar
canciones nostálgicas, rotas,
en manos del alemán
que mató el polvo de la coca.
En manos de la musicanta
que hoy vende su carne seca
en un burdel o en otro canta
burdas canciones grotescas.
En manos del viejo arrugado
—antiguo álbum filatélico
con huellas como estampillas—
una aventura en cada puerto...
¡Pobre violín! Amarillo
y melancólico espectro.
Pobre violín que estás muerto,
amortajado de polvo
en el rincón.
¿Quién pulsará tus cuerdas viejas
de corazón destrozado?
Pobre violín... Mi corazón...

V

¡Ah si vendieras flores!
Mis ojos soñadores
suplicarían a tu mirada torva
de buitre estafalario,
de ave de rapia que se encorva
con las manos inquietas,
que a cambio de algún grueso diccionario,
me dieras un ramito de violetas.

VI

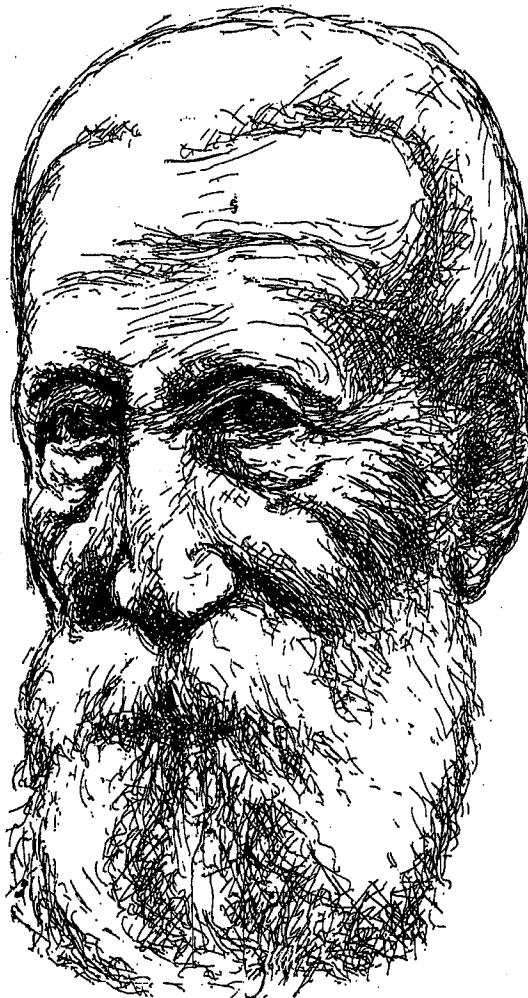
Cuántas lágrimas, viejo semita,
costaron tus adquisiciones.
Aquella lámpara marchita
alumbró tres generaciones
—que escucharon "Caperucita"
y "Los Cuarenta Ladrones"—
de los labios de la abuelita,
esos que enseñan oraciones.
Ese traje pintarrañado
de un viejo clown malabarista
¡cuántas veces habrá sonado
sus cascabeles en la pista!
—Luego fué un peso arrugado
la única gloria del artista...
Ese ropero misterioso
habla en sus pálidas maderas
de algún tesoro precioso
que ropa de novia fuera.
—Las cosas tienen su invierno
si tienen su primavera—
Y esa guitarra, esa guitarra
sin cuerdas—instrumento en huesos—
¡cómo sonó bajo la parra
su hambre de tajos y de besos!
Cuatro jarrones. Una gola.
Mariano José de Larra
tal vez con esa pistola
habrá saltado sus sesos...
Y esos tres cuadros arrumbados,
toscos, enfermos de color,
¡cuántos ensueños hilvanados
en la mente de algún pintor!
Decir que sólo traje pan
lo que debía traer gloria...
Eos tres cuadros, ahí están.

...Y yo que pienso que en la historia
del arte habré de perdurar!
Y acaso en no lejanos días,
viejo semita, has de tasar
algún montón de poesías...

Raúl GONZÁLEZ TUNÓN.

En nuestro próximo número, leer: Romate (divertissement) y Afecto, dos poemas de Ricardo Güiraldes; España y nosotros, estudio por Pablo Rojas Paz; Curiosidades literarias: Macedonio Fernández, un precursor del ultraísmo; Reforma educacional, por Leopoldo Lugones; El Cubismo II, por Sandro Piantanida; versos de: Pedro V. Blake, H. P. Blomberg, Luis Cané,

Nuestro homenaje a Anatole France



Anatole France, por F. Boxaca

Ahora que los periódicos de todas las naciones del mundo llenan planas enteras de comentarios grandilocuentes en homenaje al gran anciano muerto; ahora que por la misma causa los plumeros intertropicales y sus similares de este país agotan sus tinteros en un raudal de epítetos admirativos; ahora que Pingüinia en masa eleva un coro de gratitud a su descubridor, la figura venerable de Anatole France se nos ha engrandecido tanto que ya casi no la reconocemos. Hay quien pretende hacer de él un profeta. Hay quien le llama apóstol, atribuyéndole no sabemos qué nebulosas ideologías... Necesitamos un esfuerzo de crítica para convertirlo a su tamaño natural y ver de nuevo en el querido maestro lo que hemos visto siempre: no un superhombre, sino simplemente un hombre; no un escritor genial, pero sí un maravilloso literato.

"Una cosa sobre todo atrae en el pensamiento de los hombres—escribió una vez—: es la inquietud. Un espíritu que no se muestra ansioso me irrita y me aburre." Estas palabras son un formidable alegato contra su propia obra. Anatole France, en efecto, carece de inquietud; todo en sus páginas es demasiado claro y se agota en la primera lectura. No hay en sus novelas grandes caracteres humanos y el amor y el dolor de los hombres sólo le sirven de pretexto para ingeniosos ejercicios intelectuales. No provocó ningún "estremecimiento nuevo" en la sensibilidad contemporánea. Y no tiene proba-

bilidades de perdurar "porque—dice André Gide—nuestros nietos no verán en él más de lo que nosotros hemos visto y no podrán acusarnos de no haberlo comprendido bien"...

Pero en cambio ¡qué precisión de lenguaje, qué nobleza de ritmo, qué prodigiosa finura de inteligencia, qué raro conjunto de condiciones secundarias!... Por ellas Anatole France fué un momento insustituible de nuestra formación espiritual. Ya no puede darnos más de lo que nos ha dado y conservamos por él ese respeto cariñoso que nos merece un maestro de primeras letras a quien abandonamos a mitad del camino.

La vida es complicada y nos exige premiosamente, venerado maestro; se abren ante nosotros cien rumbos que tú ni sospechaste. Si tu maravillosa inteligencia sobrevive, no obstante tus previsiones, a la muerte de la carne, aprobarás seguramente nuestro juicio severo — tú que también juzgaste a tus padres — y sonreirás como nosotros de esos imbéciles que hoy nos denigran y nos denigrarán mañana por el supuesto crimen de no rendirte un culto fuera de razón que tú mismo rechazabas.

¡Cuántas cosas habrían de aprender en tus páginas esos tardíos adoradores, cuántas cosas, si te leyeran!...

Héctor Castillo, Ricardo Güiraldes, Evar Méndez, Sergio Piñero (h.), Alberto Prebisch, Pablo Rojas Paz.

ATARDECER

Esta ventana abierta sobre un último piso,
alzada entre los nervios de una ciudad moderna,
me arranca a los anónimos del tráfico indeciso,
poniéndome delante la soledad materna

del mar. Van por encima de torres colosales
las miradas de oro hacia la inmensidad,
y ascienden las mareas por táticos canales
hasta besar la cumbre cordial. De la ciudad

sólo tengo estos muros que afirman la atalaya,
sólo alcanzo un rumor de la colmena activa,
mientras ando en escuchas por la cambiante playa,
ecuistada en cariño la verde perspectiva.

Tiembla la tarde azul sobre el imperio alto
de la luz; y asombrando con su irrupción al mar,
un cirrus sonrosado y audaz, contra el cobalto,
como una flecha eterna no acaba de pasar...

Agua y cielo unifican las brumas de levante
donde la vista apoya sus dedos con recelo
por si es verdad que aquella embarcación distante
como en los áureos cuentos navega por el cielo.

Una invasión activa de oscuridad se cierra
y alarga húmedos brazos de niebla en el silencio.
Antes que la inminencia de la sombra consterne
y arrumbe los milagros de luz que aun evidencio.

Quiero gozar el juego fantástico de luces,
la danza de reflejos sonoros y vibrantes,
la rebelión unánime de agujas y de cruces
sobre las altas cúpulas y torres deslumbrantes,

que están aquí no más en vecindad austera,
debajo de mis ojos, debajo de mis manos,
al lado de mi rostro patéticos y enteras,
llenas de sugerencias y prestigios lejanos...

Véome ante los hombres ungido por la altura,
arriba del prejuicio, del odio, de la ley,
sobre la grey promiscua que la sombra depura,
actor poseionado de mi papel de rey.

Abajo empieza el sórdido reflujo de la vida;
se despreocupa el gesto, se cansa el movimiento,
y en la holgura que deja la gente distraída
pueden andar más libres amor y pensamiento.

Me desplomo en el vértigo del ascensor, y salgo:
ya aires del frío fondo corazón que recorras
la calle indiferente—pero parece que algo
de mí, queda allá arriba soñando con las torres...

Antonio VALLEJO.

J. Fijaman, E. Martínez Estrada, E. M. de Ocampo, J. S. Ojeda, José B. Pedroni, J. S. Tallon, poetas nuevos de Cuba y de Chile. Textos varios, comentarios y bibliografía, por L. Campbell, H. Carmabai, Héctor Castillo, Córdova Iturburu, L. Góngora, A. M. Delfino, Evar Méndez, A. Prebisch, G. O. Talamón, R. Zapata Quisada.

PLEGARIA POR RABINDRANATH TAGORE

Ciudad mía, hazte blanda como un regazo.
Pon sordina al estrépito grosero de tus calles.
Disimula en los pliegues de la túnica
de esta luna nueva tus gestos vulgares.
Si hay algo en ti de eternidad, recuérdalo.
Olvidate de tus escaparates.
No turbes con tu mueca trivial de cortesana rica
al maestro que sabe de cosas más grandes
que tus rascacielos y tus diagonales.
No turbes en su altivo ensueño al divino jardinero de lotos.
Escóndete, Buenos Aires.

Héctor CASTILLO.

Un poeta peruano: J. M. Eguren

LAS BODAS VIENESAS

En las casas de las bagatelas,
vi un mágico verde con rostro cenecio,
y las cicindelas
vistosas le cubren la barba de sueño.
Dos infantes oblongos delirán
y al cielo levantan sus rápidas manos,
y dos rubias gigantes suspiran,
y el coro preludian cretinos ancianos.
Que es la hora de la maravilla;
la música rompe de canes y leones
y bajo chinesca pantalla amarilla
se tuercen guineos con sus acordeones.
Y al compás de los címbalos suaves,
del hijo del Reino comienzan las bodas;
y con sus basquillas enormes y graves
preséntanse mustias las primas beodas,
y margraves de añeja Germania,
y el rútilo extrañío de blonda melena,
y llega con flores azules de insania
la bárbara y dulce princesa de Viena.
Y al dulzor de vírgineas camelias
va en pos del cortejo la banda macrobia,
y rígidas, fuertes, las tías Amelias:
y luego cojeando, cojeando la novia,
la luz de Varsovia
Y en la racha que sube a los techos
se pierden, al punto, las mudas señales
y al compás alegre de enanos deshechos
se elevan divinos los cantos nupciales.
Y en la bruma de la pesadilla
se ahogan luceros azules y raros,
y, al punto, se extiende como nubecilla
el mago misterio de los ojos claros.

LAS TORRES

Brunas lejanías...;
batallan las torres
presentando
siluetas enormes.

Aureas lejanías...;
las torres monarcas
se confunden
en sus iras llamas.
Rojas lejanías...;
se hieren las torres;
purpurados
se oyen sus clamores.

Negras lejanías...;
horas cenicientas
se oscurecen
¡ay, las torres muertas!

LA COMPARSA

Allí van sobre el hielo las figurantas
sepultando en la bruma su paranieve,
y el automóvil rueda con finas llantas,
y los ojos se exponen al viento alevé

Allí están con la risa multicolora
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y los mégaros cife la nieve oscura.

Así pasan los bellos, claros semblantes
a la luna del alma, la luna muerta;
se pierden en las luces del alba incierta.

las que vimos festivas formas galantes
La amarilla corneja llora en la nieve
y en su sueño feneció su grito alado;
hoy seguir la comparsa nadie se atreve;
porque aquella alegría no ha regresado.

DIOSA AMBARINA

A la sombra de los estucos
llegan viejos y zancos,
en sus mamelucos
los vampiros blancos.
Por el templo de las marañas
bajan las longas pestañas;
buscan la hornacina
de la diosa ambarina;
y con signos rojos,
la miran con sus tristes ojos.
Los ensueños de la noche hermosos
dan al olvido,
ante la Tarde diosa
a dormir empiezan,
y, en su idioma desconocido
le rezan.

SYHNA LA BLANCA

De sangre celeste
Syhna la blanca,
sueña triste
en la torre de ámbar.

Y sotas de copas
verdellistadas
un obscuro
vino le preparan.

Sueños azulean
la bruna laca;
mudos rojos
cierran la ventana.

El silencio cunde,
las elfas vagan;
y huye luego
la mansión cerrada.

LA TARDA

Despunta por la rambra amarillenta,
Donde el puma se acobarda;
viene de lágrimas excenta
la Tarda.

Ella, del esqueleto madre,
el puente baja, inescuchada;
y antes que el rondín ladre
a la alborada,
lanza ronca carcajada.

Y con sus epitalamios rojos,
con sus vacíos ojos
y su extraña belleza
pasa sin ver, por la senda bravía,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme parda,
por la muerta avenida,
y sin ver el dolor distraída
la Tarda.

José M. EGUREN.

Del libro "Simbólicas".



PABLO CURATELA MANES-Cabeza (bronce)

NUEVE ATMÓSFERAS Y UN POEMA

Los personajes de Velázquez están expuestos a contraer una pulmonía, situados en una corriente de aire.

En el Greco las ráfagas de aire entran por el techo o por el suelo, haciendo temblar la llama de las figuras.

Mantegna pinta dentro de la campana neumática.

Zuloaga arroja sobre sus cuadros puñados de aire sólido.

Carriere pinta la penumbra desde la penumbra. Dan deseos de abrir las ventanas para cambiar el aire viciado — pero Carriere ha olvidado poner ventanas en sus alcobas.

A cualquier hora que veamos un Cézanne resulta que va a sonar el mediodía.

Se comprende que en Rubens las mujeres tengan que andar desnudas a pesar de la abundancia de sus carnes. Hace tanto calor que de otro modo habría que pintarlas sudando.

Si tenéis un jardín en vuestra casa no compréis un Watteau — ni siquiera una reproducción, ni una monografía de Watteau. — Basta asomarse, después de la lluvia, al follaje, con el cristal de la ventana de por medio.

En Watteau, constantemente, acaba de llover detrás del cristal de una ventana que no hay que abrir jamás: se mezclarían, agnados, los colores todos.

Gainsborough pinta siempre muy poco antes de que el cielo descargue una tempestad sobre el traje de sus honorables mujeres.

OEZANNE

A Carlos Pellicer.

Desdiseña julio en vapor los cristales
de las ventanas del agua y del aire.

En el blanco azul tornasol del mantel
los frutos toman posturas eternas
para el ojo y para el pincel.

Junto a las naranjas de abiertos poros
las manzanas se pintan demasiado,
y a los duraznos, por su piel de quince años,
dan deseos de acariciarlos.
Los perones rodaron su mármol transparente
lejos de las peras pecosas
y de las nueces arrugadas...

¡Calor! Sin embargo, da pena
beberse la "naturaleza muerta"
que han dejado dentro del vaso.

Xavier VILLAUERUTIA.

México, 1924.

LA ULTIMA CARTA

"Te pido disculpas por el papel de mi carta. Pero no por mis faltas de ortografía. Yo no he escrito nunca más de tres líneas. El idioma inglés es breve y porque en vez de escribir he preferido conversar. Mi vida ha sido un diálogo. Me he encontrado frente a frente a mi interlocutor: la realidad. He hablado con éxito a veces, con dificultad otras tantas veces y prescindiendo ayuda mis manos, he hecho gestos desmedidos, exagerados. Yo soy una mal educada. Mejor dicho, he caído en parecer mal educada a fuerza de una franqueza que si desmerece mi oficio me hace ganar tiempo "Times and money". Por eso a mis amantes, no les he escrito jamás. El telégrafo ha sido más convincente. Diez palabras urgentes han parecido de un estilo elegante por lo clásicas.

Hoy te escribo a ti esta carta. Me cuesta tanto hacerlo como si volviera arrepentida al seno de la iglesia y me confesara. Diría todo. No tendría empacho. Es el tiempo que perdería en una contricción de mala fe como debe ser necesariamente la fe de una mujer de veinte y cinco años y que cree como los prestamistas judíos que Dios ve las cosas al revés y el 9 por ciento del interés le parece taur sólo 6 por ciento, lo que me haría mal.

Esta carta es una confesión que hago en tu obsequio y con el propósito de envenenarte con el presente griego. Tú me la arrancas con tu manera de ser, con tu falta de aplomo. Hijo de una raza áfrica, lo desmesurado te interesa y te perjudica. No crees en las pequeñas causas y así hoy quiero regir la distancia que nos separa, con esta confesión. No te veré más tal vez. Es lo que deseo. Pero en honor de la verdad que te ofrezco, quiero ahorrarte un poco de amargura, para que aprendas así a vivir y a perdonar a los seres que te aman y que no quiero calificar de débiles siendo mujeres. Sería irrespetuoso e inútil.

Te he querido desde el momento que te conocí. Lo sabes. Por eso, desde ese instante te he engañado. Mi amor hacia ti ha sido, y entendiéndolo bien, una obra de arte. Te he mentado, para que en ese país de mentira pudiera vivir tu ilusión, que en la flor estúpida que nos regalaban las madres al cumplir los quince años y cuando los hombres del siglo XX tienen el alma imperfecta de Petrarca y las mujeres de hoy el corazón baladí de Julieta. He hecho por ti, queriéndote, mucho más de lo que hizo por ti tu madre, inoportunamente. Ella te dijo que el cielo era azul. Yo sobre el fondo gris de la neblina de Londres, tejí, pinté un cielo azul. A tu madre le costó poco ofrecerte la ilusión. A mí me costó más defendértela. Vámba a romperla.

Antes de conocerte, he tenido muchos amantes. No por amor, pero viviendo del amor. Tú le pondrás el nombre que quieras a ese oficio nocturno y discreto. Puedes usar palabras más gruesas y crueles. No me preocupa tu clasificación, que será parte de su desahogo. Frente a tu ira y a la repugnancia que sentirás hacia mi cuerpo, yo opongo la pureza de mi corazón y la sinceridad del amor mío. Estoy vindicada. Doy más de lo que he recibido.

Desde que te conocí, no he levantado los ojos hacia otro hombre. Me olvidé del pasado por quererte. Solamente decime que al pasar había muchos hombres que me miraban con tristeza. Iba a tu lado. Toda mi persona traducía el encanto en que vivía cerca de ti. Mis antiguos amigos quedaban mirándome pensativos. No se atrevían a sonreírme. No les autorizaba yo, tampoco. En ese trance, te he parecido que me miraban tristemente. Ignorabas la razón. Ahora lo sabes.

Mi empleo... mi oficina... mi familia lejana... nada de eso es cierto. ¡Cuán fácil es ocultar su pasado!... Continuarías viviendo la novela que te he escrito para ti si es que no sintiera a estas horas un hondo desprecio por ti. Estoy descorazonada de haber sido honesta. Volvamos a la realidad. Tú lo has querido...

¿Me acusas de tener un amante? ¿Te alejas de mí porque mi conducta ha sido; ayor, extraña? ¿Crees que en el empleo de mi tiempo hay un pretexto? Te equivocas. Pero como has sido tan poco psicólogo, he querido sacarlo las cuatro columnas al cielo para que éste caiga sobre la tierra y tuviera así, en medio de la catástrofe, la sensación del desastre en tus propios ojos.

Ayer, cuando desaparecí de casa fui, como te dije al volver, porque había ido al cementerio. A esta altura de los hechos—después de mi confesión plena—ya no lo dudarás.

Voy a decirte, si quieres, por qué fui al cementerio. Mi padre fue cajero de una casa importadora durante treinta años. No calificó a su manera de ser. Trabajó la vida entera. Era un evangelista. Ganó el pan de cada día con el sudor de su frente.

Estancias de la primavera

I

Vas por ese sendero, dulcemente florido que has cuidado lo mismo que si fuera un hermano. Con el libro de versos de un poeta querido llevas la primavera nostálgica en la mano...

II

Se hace sensible el agua como si comprendiera que son nubes y ramas las cosas que ella mece. Cada regazo acoge la nueva primavera y entre la brisa el eco del otoño florece.

Domingos de septiembre con el color sereno de los primeros sueños que del alma se adueñan. El sol hace más honda la fragancia del heno y los enfermos sueñan...

MOMENTO

Florecen las campanas musicales congajas y en la fuente una nube crepuscular se estanca. El árbol de la niebla deja caer sus hojas ungiendo los caminos de una tristeza blanca...

LAS NUBES

Acaso tengan alma pero no tienen voz. Sueñan en el silencio luminoso del cielo. Las nubes son las aves fantásticas de Dios que ante la noche tienden un invisible vuelo.

En los largos crepúsculos se hacen más transparentes; llenos de seda tenue fáciles de quebrar. En la tierra descansan en remansos y fuentes que del cielo reciben la paz especular.

La sangre de las nubes es fragancia en las rosas y bondad en el árbol que da tanta dulzura. Las pupilas se tornan más profundas y hermosas si contemplan el cuerpo de la nube más pura.

Viven desnudas como la flor y las estrellas. Su brújula es la brisa que los espacios hien. Suelen llorar lo mismo que frágiles doncellas. Se nutren del perfume que de la tierra asciende.

Francisco LOPEZ MERINO.

Mi padre no era un hombre entretenido. Las palabras no le interesaban. Los números, tampoco. Para él sólo existían las cuatro operaciones, pero no el cálculo en lo que tiene de personal, de infinito. Su vida se redujo a sumar. No pensó jamás en substraer un céntimo. Su excedente de caja era una fortuna cuando murió y el patrón de la casa se lo entregó a mi madre.

Este hombre ejemplar nos sacaba a pasear los domingos. A mí y a mis dos hermanos. Era la tarea que se reservaba con placer para sus días de reposo. En el fondo de mi padre sedentario, dormía un andarín sin alas, un topógrafo meditabundo. Las formas caprichosas de la tierra, islas, colinas, bahías, niveles y perspectivas, le preocupaban. Nuestros paseos dominicales eran verdaderas lecciones de geografía. Por las fortificaciones, los jardines, por los barrios creados a su antojo, por los barrios nuevos del oeste, corregidos por las recientes leyes de urbanismo. Mi padre nunca había visto una montaña. Hablaba religiosamente de las montañas. Y su único consuelo era saber que fueron siempre los ingleses los primeros alpinistas que escalonaron las cumbres desconocidas. Las montañas son para ellos como islas patas arriba.

Ayer—cuando un año después de conocernos—entramos al Hyde-Park, evocando en el aniversario el lugar en que nos encontramos la primera vez, la silueta de mi padre cruzó por el camino. Y mientras tú observabas jugar a los niños en el estanque, yo pensaba en aquel hombre inocente que se mortificaba por sacarnos de paseo los domingos, mostrándonos chistosamente la ciudad, explicándonos la historia de sus jardines, el tiempo en que se dictaron ciertas ordenanzas, la edad de los empedrados, el régimen de los reverberos a gas, las disposiciones edilicias sobre la vereda y la anchura del cordón, el nivel de las aguas y otras leyes y motivos sobre desagües, fachadas, etc.

Fué en esas veredas, en esas calles, en los jardines japoneses que hizo construir el príncipe consorte y que la reina Victoria suprimió hace dos años, en ese parque que mi padre se aplicó en mostrarme y en señalarme el defecto de su vigilancia, jalonado por los faroles de aceite que alumbraban angelicalmente, en la

MEDITACION

Las vidas humildes están gobernadas por las cosas triviales. Pero, a veces, advertiréis la recóndita belleza brillar como un diamante en la penumbra de la vulgaridad. En Don Quijote, inmortalizado sin haber vivido, el destino es esclavo de una pasión. Pero la divina ironía sonríe cuando mira el talón a los fuertes. Una frase oportuna vuelve tímido a un valiente o desapasionado a un amoroso. Cervantes y Shakespeare, sabios en estos conocimientos, desnudan los defectos de sus personajes dejándolos en ridículo ante la inmortalidad. Los griegos gustaban de ver sufrir a los fuertes para contemplar, asimismo, su propia debilidad agigantada. Que no espere el hombre ser promiado por las buenas acciones ni perdonado por las malas; que cuanto más grande el héroe, más trabajoso el destino que le tocará desarrollar. Pero las grandes obras no son hijas de los grandes esfuerzos sino de los grandes hombres. Atlas, soportando el mundo sobre sus vértebras, según la clásica figura de los libros de geografía, posee la noble resignación de quien tiene conciencia de sus fuerzas. Prometeo sabe encontrar respuestas agudas para herir la necesidad de Hermes, mientras la envidia de los dioses le está royendo las entrañas. Como no sea su propia pesadumbre nada derrumba al árbol gigantesco. Leyendo el Don Quijote, apurada nuestra simpatía por tanta desventura junta para el héroe que ganara ya nuestro corazón, suspendemos la lectura para asegurarnos de nuestra humilde realidad. Desde el estrecho límite del pequeño destino, el espíritu contempla el juego de las grandes pasiones, de los sacrificios incomparables, de las heroicidades excepcionales. Ante este drama, superior a nuestra capacidad de acción, somos como el niño que goza ansiosamente de la seguridad del hogar mientras afuera brama la airada tempestad. Porque no hemos nacido para los grandes sacrificios, no hemos nacido para siempre. Nuestra vida humilde es una sombra que marcha hacia la noche.

Pablo ROJAS PAZ.

niebla del invierno, donde yo ensayé más tarde mi vida, y así como te hallé a ti, encontraba todos los días los diez o más hombres sedientos de amor con los que sólo bastaba ajustar el precio.

Un padre pasó con una chiquela al lado, las faldas cortas, las piernas excesivamente ricas en carne, frente a nosotros. Yo me reconocía en la chiquela y en su padre vi al mío. Dentro de unos años esta chica volverá al jardín que inocentemente le muestra y señala con minuciosidad su padre para buscar en los caminos sin reparos y sin vigilancia al hombre que necesita, a los hombros que necesita su amor o su miseria.

Mientras tú arreglabas la vela al barquichuelo de un niño, consideré que en todo el balance de mi vida el único que había salido mal pagado era el cajero, mi padre. Como siempre. Y pensé ir al cementerio, llevarle unas flores emocionadas y de reconocimiento. Yo quería agradecer a mi padre la tarea que tuvo al explicarme el escenario en que debía luchar más tarde. Era la luz de sus reverberos mal dispuestos en los caminos que se cortan con demasiada frecuencia y que es difícil vigilar, eran los ríacanos del jardín japonés, los que enriquecieron mi estrategia. Y así pasan siempre, aunque no tenemos tiempo para reflexionar. Es sobre los lugares en que nos pasearon inocentes donde iremos más tarde a prostituirnos.

Llevé las flores al cementerio. Encontré la tumba mal parada. Sobre el hombre correcto que no tuvo nunca un borrón de tinta sobre sus libros y que como miembro de la comisión vecinal contribuyó poderosamente al barrido de las veredas y a la creación de depósitos de hojalata en las esquinas para depositar los papeles viejos, habían depositado, al limpiar las tumbas vecinas, ramos de flores secas, macetas vacías, coronas oxidadas y floreros rotos. Puse de lado lo que no podía utilizarse. Aliné las macetas, removí la tierra. Depositó en la cabecera las flores frescas. El orden, la medida, embelleció el cantero en el jardín silencioso del cementerio.

Ya ves. Ese es el amante a quien di toda la tarde de ayer y por el que te alejaste de mí. ¿Es que tú no crees que debía al arquitecto paisajista que me instaló como en casa propia dentro del Hyde-Park, unas horas, unas flores y un pensamiento?

Harás, pues, lo que te parezca mejor. Yo he cumplido conmigo misma. Puedes olvidarme. Me queda siempre el recuerdo del jardín."—Eloísa.

Vizconde de LASCANO TEGUI.

Definición de Cansinos Assens

MACHO Y HEMBRA

I

Este que aquí ves es el mismo aliño;
pero si examinas ese gesto rudo
y esa mueca torpe que semeja un guiño
de toda la cara, le tendrás desnudo.

Observa esos ojos color de aluminio,
que parecen verdes; ningún rasgo es mudo:
todo está diciendo que este es un lampiño
con barba... (¿Comprendes este tropo crudo?)

Allá por sus mientes tiene estas tres cosas:
divido a las damas en feas y hermosas;
(además distingue rubias y morenas);

se juzga temible rival de Calixto,
y preferiría ser un Jesucristo
para amar a tantas blondas Magdalenas.

II

Tiene mustios ojos, como un perro flaco,
y ojeras que acusan sus noches eternas,
como la muchacha que va a las tabernas,
a esperar las risas en brazos de Baco.

La seduce el humbre que huele a tabaco
y el que la requiere sin palabras tiernas;
cruza las calzas mostrando las piernas,
y atrae los ojos con golpes de taco.

Es fatua entre niñas y entre hombres coqueta;
baila con el mozo que mejor le aprieta
la cintura blanda como grácil ola...

Y en su turbio insomnio, ¡sabe el lecho tibio
cuántos artificios no serán alivio
de su desconsuelo de dormir tan sola!

Roberto LEDESMA.



Cansinos Assens, por Boxaca

que mejoran su soledad en once idiomas clásicos y modernos. En el coloquio es admirable la gustación de su espíritu. La sombra lo rodea — a él no le desplace tal vez enfatizar esa sombra — pero es indesmentible que la gente no ha retribuido con justicia nombrada la belleza que informa todas sus páginas, fiel y continua en su milagro como la belleza de una mujer.

En esta nuestra vida, donde rigen infamias como el dolor carnal, son inmerecedores de nuestra indignación lacras veniales como el injusto repartimiento de gloria. No quiero banderizar en pro de Cansinos ni desquitar con admiración vocinglera la indiferencia innumerable del mundo; quiero prometer a quienes examinen sus libros, la más intensa y asombrosa de las emociones estéticas.

Jorge Luis BORGES.

Los "martinfierristas" de Italia

Mis queridos amigos desconocidos:

He atravesado el océano junto con Oliverio Gironde. Debo a esta amistad de a bordo el haber llegado a Buenos Aires con un conocimiento de la Argentina algo más amplio del que hubieran poseído una virtud de las reminiscencias históricas y geográficas de las lecciones aprendidas en el liceo; el haber podido formar, antes de mi llegada, una opinión acerca de la idiosincrasia de este pueblo joven y conocer especialmente sus desarrollos culturales y artísticos.

A Oliverio debo también vuestra amistad, queridos compañeros de MARTIN FIERRO, amistad tan sólo espiritual y de lejos, porque mi viaje al Brasil, anterior a la salida de Gironde para Norte América, me impidió participar en una de vuestras veladas gastronómicas en el "Cocodrilo".

Ahora, en nombre de esta amistad que no existe aun, pero es como si fuera antigua, yo os pido la hospitalidad de vuestro periódico para poderos hablar de mis amigos italianos con la misma pasión desinteresada de Gironde, cuando hablábame de vosotros en las noches ecuatoriales del Atlántico. Creo que mi colaboración podrá hasta (¡reviente la modestia!) resultaros asaz útil, porque, si me lo permitís, quiero decir que vuestra cultura europea me parece aun un poco demasiado "vient de Paris", como, por lo demás, ha sido, hasta hace poco tiempo, todo nuestro movimiento moderno también en Italia.

Exceptuando alguna extravagante degeneración de un movimiento que, a su tiempo, ha tenido en Italia una importancia notable, no he visto en MARTIN FIERRO de italiano otra cosa aparte de una excelente traducción de algunas poesías de Palazzeschi; poco, para vuestro loable cosmopolitismo, tanto más por haber presentado a Palazzeschi como futurista, mientras no obstante su muy breve alistamiento en las filas "marinettianas", Aldo Palazzeschi, el más puro poeta que haya tenido Italia después de Pascoli, ha sido siem-

pre el espíritu menos futurista que yo haya conocido jamás.

En todo el mundo se conocen ahora dos nombres italianos que supieron imponer un arte esencialmente moderno a los públicos más reacios: Pirandello y Papini, pero hace falta aún (la misma falta que hace en Europa de dar a conocer varios nombres vuestros y primero entre todos el de Leopoldo Lugones), hace falta aún dar a conocer otros nombres y otras obras italianas, sin otro fin, además, que el de neutralizar la difamación que hacen del arte italiano los varios Nicodemi, Gide como Puccini, Sartorio y congéneres Pitagilli o los varios arquitectos y escultores italianos que afean las calles y las plazas de medio mundo.

Hay que decir, por ejemplo, que el único músico viviente que puede hoy hacer contraste a la gigantesca figura de Riccardo Strauss es Hildebrando Pizzetti y que cerca de él trabajan músicos como Respighi, Casella, Castelnuovo y Malipiero.

Hay que decir a quien cree que hoy no hay pintores fuera de Picasso, Derain y Matisse, que hay, por el contrario, todo un florecimiento de artistas que colocan a Italia a la vanguardia del movimiento moderno pictórico y que se llaman Soffici, Spadini, Carrà, De Chirico, Rosai y Lega.

Hay que decir que en la novela la tradición "manzoniana" ha sido continuada y sigue desarrollándose en forma casi prodigiosa a través de la obra de tres escritores que se han sucedido con una extraordinaria continuidad: Juan Verga, Federico Tozzi y Enrique Foa.

Hay tanto para decir, que corro el riesgo de extrañaros cosas poco conocidas en la propia Italia, mientras quisieramos que las supiera todo el mundo.

Si me concedierais un poco de vuestro espacio, hablaría de todos; un poco cada vez, con simplicidad y sin pretensiones críticas.

Trataré de hacer una especie de crónica y reduciré modestamente mi cargo al de "Oficina de Informes".

Comienzo, queridos amigos desconocidos, rogándoos publicar esta plática a modo de introducción a las breves monografías que periódicamente os enviaré.

Os doy las gracias y os ruego me guardéis vuestra amistad que aun no tengo la dicha de poseer...

Sandro VOLTA.

Ayude a Martin Fierro!

Suscripción (única) por un año \$ 2.50
Avisos \$ 2 el centímetro.

Diríase que la literatura desde la lontananza en que ensayó su baluceo heroico hasta su millonaria actualidad, había prestigiado con su gracia todas las profesiones humanas, todas las variedades de la empresa del yo. El sutil cálico de los pastores y las horrendas armas de Marte, los rufianes y azotacalles en el claro Satiricón y en la sentenciosa y mezquina novela picaresca, los marineros en las narraciones de Marryat, los visionarios en la escritura dolorosa de Dostoiévski, la copia de ejercicios todos en esas apaisadas enciclopedias o prontuarios de la vida total que en el siglo pasado reunieron Thackeray, Balzac, Samuel Butler, Zola y Galdós, semejaban haber fijado ya cada tipo humano, sin consentir otra posible añadidura que la de motivaciones distintas o la de personajes forasteros como los embarcados por Rudyard Kipling en Bombay. Quedaba, sin embargo, un tipo humano por literatizar y es un decoro del andaluz Cansinos Assens el haberlo expresado con perfección incorregible. He aludido al propio poeta. Los poetas, hasta hoy, sólo manifestaban de su vivir lo llanamente común: las malandanzas o deleites de una empresa amorosa, la alacridad al comenzar primavera, la meditación de la muerte. Si alguna vez aludían a su actividad de cantores, era tan sólo para anticiparse inmortalidad a semejanza del horaciano *aere perennius* o para prometerla a los ungidos por su milagrosa palabra debeladora de los años. Eneubrían su noble individualidad de escritores y comentaban su universal destino humano, sencillamente. No así en la obra de Cansinos Assens. El agua espectral de la palabra lírica, tras de haber reflejado todas las actitudes y todas las ciudades de los hombres, torna en él a su manantial y espeja el nacimiento de su propia gracia ambiciosa. *El Divino Fracaso* de Cansinos es la perfecta confesión de todo escritor. Están allí, fijadas por ilustres imágenes que son como clavos de oro, la congoja del tema inagotable como la luna duradera y el temor de un arte más joven y la insolencia de la ajena hermosura y la sensualidad verbal y la ambición de persistir con leves palabras en el mundo maelco y la añoranza de otras artes o sencillamente del ocio y los remordimientos de una escritura sin fervor como un gesto litúrgico y el esencial fracaso y la terrible media luz de la gloria posible que se nos ofrece como un halago y que luego hemos de cumplir como cualquier otro deber. Todo ello está gustosamente eternizado en sus páginas y también la envidia aun intacta y el temor de la fama clarividente. Introducir un tema nuevo en las letras acredita de ingenio; introducirlo y darle precisión decisiva es poderosa ejecutoria. Todo novador ha de sujetarse a que sus mejores versos los recaben labios ajenos y es milagrosa singularidad de Cansinos el haber cerrado la órbita completa de su arte y que en él sean a un tiempo la balbuciente primavera y el verano magnífico y la serenidad otoñal.

No es esta la única hazaña de su pluma. Quiero señalarlo también como el más admirable anudador de metáforas de cuantos manejan nuestra prosodia. La metáfora de Cansinos no es áspere y arrojada como en el pretérito Villarreal y en el actual Lugones: es espaciosa y amplia y su paradigma menos dudosa está en los narradores árabes o en los grandes latinistas del mil seiscientos. Imágenes que no solicitan nunca su objeto con la derecha urgencia del dardo, pero que a fuer de inevitables lazos abarcan la señal, trazando curvas y rodeos en el despejo fácil del nire. Imágenes que manifiestan un sentido agudo del tiempo y que son alusivas de las cosas que lo atestiguan: reloj, sombra alargada, latido, ocaso, luna infiel — y de la estación vernal y la noche que son costumbre generosa de su deurso cíclico. Imágenes preclaras que van de lejanía a lejanía como esas líneas alucinadoras que organizan el espacio estelar en semejanzas de caballos y héroes.

Notoria es asimismo la audición de las cláusulas de Cansinos. Su largo y lacio ritmo no tiene nada de forense o gesterio, es más bien ritmo de plegaria o quejumbre. Para alcanzar la jerarquía de primer prosista español, sólo le falta una circunstancia: la austeridad. Se encarnifica con todo tema, lo mira demasiado y es indeciso en los adioses.

Ha realizado una obra numerosa en que la hermosura es única y suelta y que sólo nominalmente podemos clasificar en novelas, crítica y salmos. Toda ella es un patético salterio y una anunciación repetida. Es conocedor de muchos lenguajes — entre ellos, del hebreo y del árabe — y hay un lugar en sus escritos en que se jacta de poder saludar a las estrellas

Pablo Curatella Manes

Pablo Curatella Manes acaba de exponer en uno de los salones de Witcomb un pequeño conjunto de esculturas. La indiferencia del público ante ellas — y la indignación de la crítica — nos hubieran sorprendido sin duda, sino estuviéramos cada día más convencidos de que tanto el juicio del uno como el de la otra han perdido su original ingenuidad, y que una malla de prejuicios absurdos, que falsea su visión, se interpone entre su ojo y la obra sometida a su contemplación. Tratemos de explicar someramente en qué consisten estos prejuicios, y el modo en que la obra de Curatella, debido a su naturaleza especial, ha tenido la virtud de provocar su aparición. Ante todo, predomina en el público que presencia la obra de arte un criterio casi exclusivamente hedonista. Así, juzga a ésta según el grado de placer que le produce su contemplación. Y ya sabemos de su escasa perspicacia para establecer una indispensable categoría de placeres.

Uno de los más insistentes reproches que la obra de Curatella ha recibido, se dirige especialmente hacia la deformación que imprime en ella a la arquitectura humana. Deformación caprichosa, según algunos, y que implica una irrespetuosa violación de las leyes de ese zarandeado "buen gusto" que, al fin y al cabo, no constituye más que una preocupación característica del reblandecimiento del sentir estético de una época. La historia del arte lo comprueba. El culto exclusivo del buen gusto es el resultado de una época cansada y escéptica. El público, como siempre, marca un atraso de varios años respecto a la ideología esencial de su época. Así, en el terreno estético, su juicio rancio contrasta extrañamente con el reflujo del florecimiento de lo profundo y dinámico que señala actualmente la colectividad humana en sus grandes manifestaciones. Manifestaciones colectivas que la industria moderna, con el advenimiento del maquinismo, ha suscitado vigorosamente. En otra oportunidad explicaremos extensamente la relación — en apariencia difícil pero efectiva y contundente — entre las grandes producciones de la industria contemporánea y el fenómeno artístico. Nos limitaremos hoy a constatar este contraste entre el enorme esfuerzo optimista de la colectividad, en cuyas consecuencias los artistas consientes de la época han encontrado una vieja disciplina desaparecida, y la inclinación morbosa de un público cansado e incrédulo hacia un arte refinado y periférico, elegante, afeminado y sensual.

Ahora bien; la obra de Curatella Manes desafía abiertamente esta general propensión hacia un decadentismo cuya oportunidad se hace ya discutible. Inspirado en la verdadera tradición clásica, en el espíritu del clasicismo y no en su letra caduca, su obra vive intensamente ante nosotros.

Presencia en ella el espectador el resultado de una lucha continuada y eficaz en la busca de un sentido nuevo de la forma. Sentido nuevo — y muy viejo — de la forma escultórica, en virtud del cual la Naturaleza aparente constituye para el artista un simple pretexto, modificado y superado en la obra, para llegar a un sistema de formas puras, de vida propia e intensa. Encontramos este sentido de la forma escultórica — que es una de las características de todo clasicismo — en las épocas que parecen ser precisamente las que responden mejor a la sensibilidad de nuestro escultor: el Egipto, la Grecia arcaica hasta el maravilloso florecimiento del siglo V, con Fidias e Ictinos. Creemos que es necesario dirigir a ellas nuestra atención si queremos descubrir los verdaderos maestros de Cura-



Pablo Curatella Manes

tella Manes. Una preocupación constante le obsesiona en sus rebuscas: la de dar a la forma humana una interpretación arquitectónica y constructiva, en contraposición a la tendencia que subordina la escultura, que ha de ser duradera y maciza, a una suerte de impresionismo pictórico, que es síntoma inequívoco de la decadencia del sentir estético: la Grecia de Praxiteles y Lisipo, el final del Renacimiento, y, más cerca de nosotros, el impresionismo y su manifestación capital en la escultura: la escuela rodiniana.

Hemos señalado en la obra de Curatella este afán de superación de la Naturaleza, la que sólo constituye para él un punto de partida hacia un concierto de formas armonizadas escultóricamente, o sea arquitectónicamente, formando un organismo independiente; dueño de la vida propia indispensable a toda obra de arte. Notad que insistimos en esta cualidad cuya comprensión nos parece esencial para la emisión de un juicio acertado sobre la obra de este escultor. Apartándose de lo real, llega a una casi abstracción de formas puras que sólo pueden comprender los que desechan de inmediato toda pretensión de encontrar en ellas una imitación más o menos estilizada, siempre estrecha, de las formas fugaces y blandas de la Naturaleza. Y aquí tropozamos con otro reparo que surge a menudo de la boca de los estetas de circunstancia. Frialidad, falta de valor humano, escasa o nula vida interior, son las multillas con que se ha intentado combatir una obra que sólo necesitaba la consagración del desprecio general para afirmar sus valores efectivos. Curatella sonreirá sin duda al recordar que antepasados tan ilustres como los egipcios y los griegos reciben continuamente semejante profanación. La verdadera vida interior, el intenso valor humano de una obra de arte no depende felizmente del gesto sobreacentuado ni de la expresión vociferante. La silenciosa y divina serenidad del Escriba egipcio y del Tesoro de Fidias, revelan una vida interior de que carecen sin duda otras tantas obras en que, precisamente, la carencia de vida interior ha forzado al artista a disimularla en la apariencia mentirosa de la gesticulación. A falta de pensamiento, palabras. Pero los buenos entendedores conocen por cierto el honroso valor del silencio (1).

André Lhote, el notable pintor y crítico francés, ha llamado monumental a la obra de Pablo Curatella Manes. "Cada una de las estatuas de este artista — dice en su artículo, — cualquiera que sean sus dimensiones, está concebida bajo el ritmo geométrico propio de las creaciones arquitectónicas. Por consiguiente, realiza ella misma una especie de pequeño monumento, tal como hemos visto que el monumento gótico se reflejaba en las estatuas de sus pórticos". Nos parece este el mejor elogio a que pueda aspirar un artista de la nueva generación.

Alberto PREBISCH.

(1) Si se niega un valor humano a una columna del Partenón, a la pirámide egipcia y al óptico geométrico y abstracto de un friso azteca, quisiéramos que se nos exiguiese el alcance de esta expresión cuyo significado misterioso y recóndito no llegamos a vislumbrar.

El descubrimiento del cubismo

I

El académico disidente ante los lienzos del más grande impresionista francés, preguntó:—*Sans doute, monsieur, vous faites de la peinture pour vous amuser?*

A lo que Renoir repuso:

—*Mais certainement, monsieur et je vous prie de croire que si cela ne n'amusait pas je n'en ferais jamais.*

Mejor que cualquier análisis y profundidad de crítica de arte, la respuesta expresa sintéticamente la esencia de la pintura impresionista.

Es este concepto "dilettantesco" de colocarse ante la naturaleza con el alma de fiesta y con el corazón ligero, el que ha inspirado todas las obras igualmente maravillosas del impresionismo. No hallamos en ellas el espíritu heroico de los antiguos maestros; tampoco la atormentada indagación de los grandes clásicos, mas — junto con la renuncia a penetrar en el misterio de la creación — muy frescas y delicadas cualidades de color.

El "gozo de pintar" (son palabras de Manet), los hace desentender toda rebusca de las leyes plásticas y de la construcción. Todo el mundo es una "naturaleza muerta" y para pintar bellos y agradables lienzos el artista saca de ella los tonos y las manchas de color.

Y después de Manet, y después de Renoir en sus discípulos se pierde más aún toda clase de construcción.

Cézanne. Han querido hacer de él un genio clásico, un reconstructor, frente a la descomposición plástica de la pintura impresionista.

Es un grande bien representativo de su tiempo, es un maestro, indudablemente, y ha sabido además reaccionar contra aquella descomposición.

Con todo, ereo percibir en sus obras algo incompleto y débil.

Es un indiferente, preocupado de la realidad visual, que desvía los elementos más humanos de la realidad.

Nada le importa que sean naturales o artificiales las flores que él debe pintar, y antes prefiere las de papel, porque varían menos; y para pintar un retrato construye su modelo a la inmovilidad durante innumerables sesiones irritándolo con la violencia de sus impetuosidades.

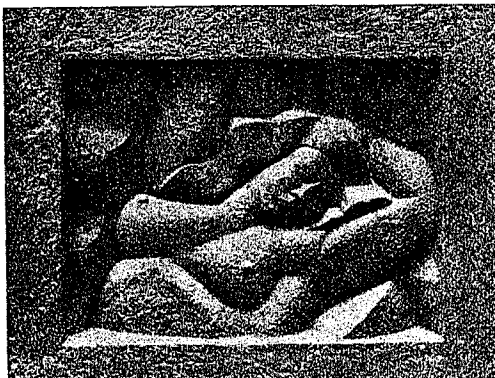
El no busca acertar las palpitaciones de la vida, preocupado tan sólo de la "pintura", a la que quiere subordinar la realidad.

El es un poco — no se me tache de irreverente, — cual el artífice persa ocupado en tejer admirables tapices.

En la imposibilidad de trazar aquí, bien que a grandes líneas, un cuadro completo de la pintura francesa anterior al "cubismo", he debido contentarme con escribir dos nombres y con observar en su obra el aspecto característico y típico de los movimientos impresionistas y post-impresionistas.



Pablo Curatella Manes. — Mujer (madera)



Pablo Curatella Manes. — Bajorrelieve



Pablo Curatella Manes. — La mujer del tapado grueso (bronce)

Renoir — un artista. Cézanne — un artefacto. Falta a uno la cualidad que es la virtud del otro.

Más ya que entrambas son esenciales para el arte y toda vez que los hermanos y los herederos de ambos grandes maestros bajo tal punto de vista no se apartaron de sus mayores, pero en cambio exageraron sus virtudes o sus defectos, creo poder afirmar que la pintura francesa, en las décadas que van corridas de este siglo, hay que considerar que se halla en un período de flojedad y de decadencia.

Magnífica decadencia de quien sacaron los exhaustos genios pictóricos de todos los países europeos, pero que no contenía en sí los gérmenes de energía suficientes para procrear la nueva pintura del porvenir.

Los poetas y los jóvenes pintores tuvieron la sensación del agotamiento de la escuela impresionista, y excitados por un deseo de purismo y deseos de alta composición, buscaron en otra parte la fuente que satisficiera su sed. En el estudio de Picasso antiguas y raras obras de arte egipcio sugerían compostura y seguridad de línea.

Derain y De Vlaminck pusieron cerca las primitivas esculturas de los negros polinesianos.

Comenzaron entonces a encenderse apasionadas y vivaces disensiones.

En los "ateliers" de Montmartre se confrontó audazmente con el arte griego la estatua africana, no exenta de pintoresco.

No basta: aun antes de Barres, exhumaron la robusta composición de un pintor olvidado: el Greco; cerca de él amaron a Ingres, el tan discutido espíritu clásico del siglo pasado.

Los precubistas estaban, pues, sedientos de pureza; y puesto que la pintura impresionista había caído en lo indefinido, en lo fugitivo, en lo amorfo, la condenaron como si fuera una academia. La pureza está en la escultura primitiva de los negros.

Los precubistas estaban desechos de composición; y desde que la pintura post-impresionista, sostenida por juegos de color, había perdido toda calidad de forma, elevaron a la categoría de maestros al más riguroso entre los constructores, el Greco, y al más clásico entre sus predecesores, Ingres.

De los impresionistas salvaron a Searat, un clásico él también. Y luego reconocieron a Cézanne: respetaron por lo menos sus intenciones.

En el sendero fatigoso y doloroso de los descubrimientos, es Picasso quien conduce la fila: es él quien eriba, pesa, experimenta. Interroga a los maestros y aplica la nueva invención, a fuerza de tortura, a algunas telas incumplidas del viejo período rosa. Nada le importa concluir obras exentas de gracia, que no son "bellas", inaccesibles al público: solamente se preocupa de aplicar la teoría nueva, que es fijar los hallados valores plásticos.

Llega hasta descuidar el color: piensa y traduce los pasos de sus descubrimientos en dibujos a pluma y a lápiz.

Cerca de él Apollinaire y Jacob, poetas fervientes. Cerca de él un matemático, Princeton, precioso colaborador para definir las leyes de la regla.

Greguerías Criollas

Los galgos cuando nadie los escucha conversan con las liebres amigablemente y después en el momento de la caza simulan no alcanzarlas.

Los "fox-terrier", se combinan con los zorritos para cuando el patrón les ordene el ataque poder hacer méritos sin los peligros del orín. Méritos, para la obtención de caricias y del permiso correspondiente para dormir en el felpudo comprado en la ciudad.

Los caballos de silla, sobre todo los del patrón, son los chismosos de las estancias: los que le dicen a la hacienda cuándo irá al matadero o si tal o cual peón será despedido.

Los mismos caballos llegan a familiarizarse tanto con el jinete, que adquieren un como sentido en medio de las orejas, en las crines, manifestada en ese constante mirar de reojo. Los caballos en libertad parecen reírse del que está de servicio.

Entre los vacunos y yeguarizos existe y para unos y otros un profundo compañerismo de colegiales.

OTRA COSA: Los dedos de los tamberos toman la forma y el color de las tetas de las vacas. Se ha dado el caso de que han perdido hasta las uñas.

Sergio PINERO (hijo).

Así Picasso funda la escuela.

Podríase escribir Escuela con E mayúscula, podría-se también decir que esto no es otra cosa más que una "vuelta de la Escuela"; la vieja Escuela clásica y pura con sus leyes, sus normas bien definidas y seguras, nacidas junto con el arte primitivo de los negros, inspiradoras del Greco y de Ingres, que trabajaron el espíritu de Cézanne, y fueron aplicadas inconcientemente por el aduanero Rousseau.

Picasso conduce la fila, y cuando él expone sus cuadros cubistas sale un alarido de horror de la crítica desorientada ante los odiosos desnudos y las figuras sin gracia: la misma crítica que en muy breve correr de años ha aceptado y comprendido sus "naturalezas muertas" y los saludables efectos del feliz y eficaz descubrimiento.

Matisse, noble artista, bien que haya vivido cerca de Picasso toda la pasión de sus averiguaciones, no supo librarse del muelle encanto de la sirena del impresionismo.

Comprenda toda la importancia de la ley hallada, pero su delicada sensibilidad de artista no le permitía adivinar las posibles realizaciones de la Escuela. Espinaba atento, y ante las obras expuestas en el Salón de Otoño de 1908, que representaban en su mayor parte fábricas y casas reducidas a sus líneas elementales, dijo:

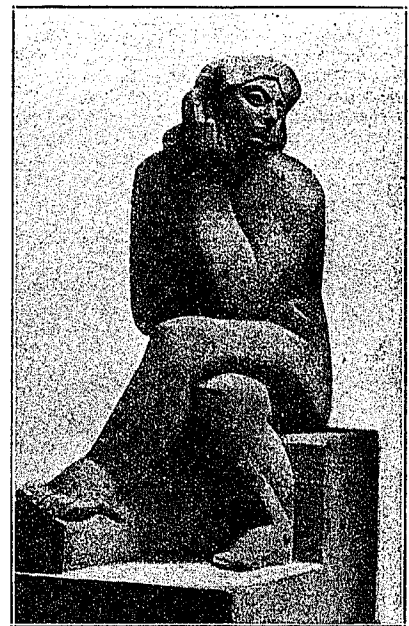
"Mais c'est du cubisme!" Desde entonces la escuela se llamó Cubista.

(Continuará).

Sandro PIANANIDA.



Pablo Curatella Manes. — Detalle de "Mujer sentada"



Pablo Curatella Manes. — Mujer sentada (terracota)

PETTORUTI

Significación que reflorará en bellas consecuencias. Lucha intelectual que, comprendiendo, ha contrapesado valores. Secreto preocupación y diálogo continuo. Despertar de una ansia espiritual en la pupila franca a la emoción pura. Honda simpatía en toda alma buena. Agua lustral para las manos simples que la rutina llenó de engaño. Sorpresa inquietante en los tímidos y vulgares. Pasión enconada en los ineptos. (Y en los rinceos, cobardemente, la Envidia, cubriéndose de sonrisas protensivas).

Lógico es el desconcierto que ésta exposición ha causado en nuestro ambiente, aunque nuevo, enfermo y vanidoso.

Nunca había llegado a Buenos Aires una obra de arte de las modernas escuelas de vanguardia. Cabe a un argentino la valentía y el orgullo de iniciar la fatigosa cruzada en pro de las nuevas formas plásticas.

La diversidad de su labor prueba el afán de estudio y de perfeccionamiento que durante sus once años de permanencia en Europa ha preocupado a nuestro artista. Su espíritu inquieto no ha podido supeditarse a determinada ley y precepto estético. En busca constante y dominado por una visión de belleza mutable en los hechos, en las cosas y en la naturaleza, ha ido transformando sucesivamente el medio exterior de expresión para fijar en la tela lo que estaba dentro de él y fuera de la realidad circundante; así es cómo su proceso creativo se ha enriquecido en integralidad, hasta llegar en lo abstracto a la construcción plástica.

Su gran conocimiento básico, de técnicas y materias, le permite una amplia libertad en la ejecución de sus obras, lo cual desconcierta al ojo profano acostumbrado a ver superficialmente una belleza de calecomanía. Escavado por una rutina de años y años a ver una belleza determinada, dentro de límites fijos; toda innovación tiene que sorprenderlo.

Al progreso de la ciencia no ha correspondido un progreso igual en el espíritu del arte.

Con preceptos y leyes se ha subordinado el verdadero goce de la emoción. Esta nace por inferencia de los sentidos ante un hecho, y se purifica en goce estético por la cultura del espíritu. De nosotros depende, pues, descubrir el valor y la belleza de cada obra.

La calidad de la labor realizada por Emilio Pettoruti obliga el comentario elogioso. Como colorista tiene la virtud de encantar; aún las obras más abstractas atraen por ello. Esta condición individualiza y llena de personalidad sus cuadros.

Los proyectos de mosaicos y de "vitraux" hablan de la aristocracia de su fantasía, y la gracia ornamental de la línea en la composición se torna maravillosa por el encanto mágico de los colores.

Sensitivo de la forma ya geometriza con ella, o la esconde en el caprichoso labio de una curva; ora haciéndola saltar con ritmos de contracentos, o desconvolviéndola en juegos elegantes de vuelo de nubes.

POEMAS LACTEOS

BRINDIS A LA CHICA DE LA LECHERIA

¡Brindemos con este fresco
vaso de leche alba y pura
por esta hermosa criatura
de sonreír picaresco!
Abajo el queso de Holanda
cuya bondad es un mito
al lado de este quesito
de carne rosada y blanda!
Y aunque el brindis se haga largo
proclamamos con fe loca
que se torna ante su boca
el dulce de leche, amargo.
Brindemos, pues, por la riente,
hermosa, fresca y sin par
lecherita, y quedamente
marchémonos sin pagar...

FANTASIA LACTEA

Nuestra nariz con una
audacia que es ultraje
efectúa un sondeaje
en la láctea laguna.
"Toda inquietud desheche",
nos responde la sonda
e ingerimos la honda
laguna de la leche.

A LA DUEÑA DE LA LECHERIA

Frente a sendos "completos" que nos sirve la hija
detenemos la vista sobre la recia madre,
la del enorme vientre, la del hombruno bozo
y manos eruditas en dulces y candiales.
El tejido adiposo de esta grácil ballena
es incommensurable y al lado de su hija,
que es una miniatura digna de un magno artifice,
parece un elefante al lado de una hormiga.
Empero... Callad, vates!, no apostroféis su vientre
no hagáis burlas bellacasas en vuestras malas rimas
merece ser bendito, diez mil veces bendito
el molde que plasmara las formas de tal hija.

VASO DE LECHE

Vaso de leche. ¡Acaso
existe en todo el orbe
algo mejor que un vaso
de leche que se sorbe?

SALMO AL CANDIAL

Leche con huevos, canela, azúcar!
candial, oh salve;
egregio hermano del vil "completo"
que pocos gustan en Buenos Aires!
¡Cuántos famélicos literatos!
cuántas modistas sentimentales,

Para los que frente a los cuadros de vanguardia
niegan al dibujante, existen los dibujos al carbón;
para los que con indiferencia aceptan al pintor, la capa-
cidad de su creación decorativa se luce en los pro-
yectos de mosaicos y "vitraux", y para los que hablan
de obras puramente corbrales, están las delicadas acu-
relas y notas al óleo de Italia y Alemania.

Examinar en estas columnas toda la obra de van-
guardia de Pettoruti, que es la que interesa, sería can-
sador. Se trata de un arte de concepción, donde el
artista, atenido a la ley del cuadro, realiza una obra
plástica sin supeditarse al motivo o a la reproducción
fotográfica de la naturaleza. Esta o aquí son simple-
mente el pretexto para la creación. Integrada tal idea
por el problema de la luz y del movimiento que des-
integra las formas: se busca la composición del cuadro.

Frente a la naturaleza no entorna románticamente los
párpados, ni se entristece con la nube negra que pasa.
Siendo pintor, ella sólo le interesa como color y plas-
ticidad; lo demás pertenece a la literatura. Este es el
punto de arranque de muchas controversias, que, equi-
vocando conceptos, han desnaturalizado cada rama del
arte en sus distintas manifestaciones.

Espíritu inquieto no ha esclavizado su talento y del
arte ha hecho su noble fatiga.

Vive en la esperanza constante de hacer cada día
una obra más bella. Goza el espectáculo de su época
y el dinamismo que ajetea todos los órdenes de la vi-
da tiene en su organismo sensual una impulsividad ge-
neradora. Pero el impulso no violenta nunca su disci-
plina. Su larga educación lo ha tornado razonador por
excelencia. Y la fantasía juega sus mil caprichos sin
encontrar obstáculos en su mente.

Ahora que está entre nosotros, es nuestro deseo que
los días corran con felicidad, para que podamos cuanto
antes contemplar las obras que le sugiere nuestra vida.

P. V. BLAKE.

cuántos empleados, candial, te sueñan
más demacrada la faz exangüe!

Te hiciera indigno de este salmo
la aristocracia de tu linaje
¡ay! que por sólo veinte centavos
no te haya nadie!

Pero ¿qué quieres? Eres tan rubio,
tan exquisito y reconfortante,
que es imposible la continencia
y te loamos, candial, oh salve!

Candail, si acaso probará un día
tus condiciones tonificantes
vencido hubiera su mal terrible
el genial loco Florencio Sánchez!

PAN DE SALUD

Es vana nuestra porfía
para vencer la virtud
del mejor pan de salud
de toda la lechería.

AL CHOCOLATE CON LECHE

Mereces no una loa, veinte loas
y más que veinte loas, veinte libros
¡oh chocolate excelso!
¡oh líquido exquisito!

Te besamos la cálida epidermis
con una voluptuosidad secreta
cual si fueras, ¡oh líquido divino!
una hermosa y sensual hembra morena.

Nuestras dulces vainillas
se hunden en tu carne
y ávidas, te absorben, te poseen
sabroso chocolate!

Al paladearte, ¡oh hijo del cacao!
nos sentimos burgueses, aristócratas...
soñamos con princesas y castillos
vemos la vida de color de rosa!

Oh, que nunca, que nunca!
falte en nuestros bolsillos
los setenta centavos que nos cuestan
¡oh chocolate excelso! ¡oh líquido exquisito!

NOTA LACTEA

Aunque la láctea colección se trunque
no cantaremos al "completo" por
que no queremos competir con Yunque
que del "completo" es el mejor cantor.

BENDICION AL QUESO

Bendito sea el gusto de este queso que alegres
deglutimos a una, dos líricos orfebres,
en el silencio de esta lechería porteña
donde mañana y tarde la canilla se ordeña.

Bendita sea tu carne — un facsímil de luna —
y bendita tres veces sea la raza vacuna
que nos da estos presentes: queso, leche, manteca
regalo de los pobres que tejen en la ruca
de sus días iguales, el humilde poema
del terceto que engendra una estrofa de crema.

Benditas sean las formas de este queso que finge
ser mujer en las curvas y en el silencio: esfinge
y que sobre este plato de loza fuerte y albo
parece la cabeza cercenada de un calvo.

Y benditas las manos de la muchacha esta
que nos sirve sonriente con su cara de fiesta!

AL HELADO

Hundimos glotonas la pala bruñida
en este bonete de arena, que pronto
adquiere las formas de un cono truncado
que se derritiera suavemente, como
nosotros ante esta linda lecherita
de cuerpo embrujado, de profundos ojos.

Luego, queda un poco de agüita lechosa
y un azucarado sabor en nuestras bocas...

LA LECHERITA

(Epílogo sentimental)

Cuatro paredes blancas que decoran las moscas
con finos arabescos de su arte singular,
mesas para funciones prosaicas, y un silencio
apto para soñar...

Es fornida la dueña, la hija menuda y leve
es el ímán que atrae a todo el vecindario
igual que a estos ilusos que se gastan por verla
los últimos centavos.

¡Si no hiciéramos versos! Tener una sencilla
lechería como ésta, sería nuestro ideal
podríamos casarnos con la hermosa muchacha
y dejar de soñar...! Esclavo y ARGENTO.

Reflexiones de un profano

Nuestro Degas nacional

Desde mi visita al Salón Nacional vengo atormentado.
Mientras como el puchero casero, fumo voluptuosa-
mente cigarrillos, sigo alguna insinuante falda corta,
saboreo un aromático café de 0.20 — con propina; —
en casa, en la calle, en las suntuosas oficinas de MAR-
TIN FIERRO; en el lecho o en el más apartado lu-
gar de mi morada, me obsesiona una pregunta: ¿dón-
de diablos busca sus modelos nuestro Degas nacional,
don Valentín Thibon de Libian?...

Las malas lenguas afirman que recorta figuritas de
sicalípticos magazines franceses; que las pega luego
sobre papel, las colora y después de esa inocente en-
tretenimiento — dicha de mi primera infancia cuando
algún resfrió me vedaba remontar barriletes o jugar
a las bolitas, — transporta al lienzo esas escenas vivi-
das a través de revistas verdes, de tijeras, pega-pega
y lápices de color...

No ha mucho un mal pensado, me enseñó cierta
ilustración de *La Vie Parisienne*, si mal no recuerdo,
que se asemejaba como una gota de agua a otra, a un
cuadro de nuestro Degas nacional que figura en las co-
lecciones del Museo de Bellas Artes!

Pero en mi incommensurable benevolencia, desdeño
las malas lenguas y prefiero imaginarme la siguiente
escena:

Thibon de Libian, buen padre de familia, se re-
coge temprano; madruga con unas ganas bárbaras de
pintar una bailarina, acaso entrevista en sueño eroti-
co, como no tiene modelo a mano — *et pour cause*... —
llama a la gallega que prosaicamente barre el patio y
con gran peligro de desarrollar en ella morbosas as-
piraciones a tonadillera, la enjaeza de malla y *tu-tu*,
y ante esa flor de fango que huele a cebolla y a man-
teca rancia, crea uno de esos tipos degasianos, que
nuestros artistas oficiales premian, como lógico es!

Sea como fuere, nuestro Degas nacional es un hom-
bre de poca suerte. Esclavo de la malla y del *tu-tu*,
el hado impío le obliga a vivir en una época en que
tu-tu y malla han desaparecido... Si frecuentara los
bastidores de la danza, el fino y personal artista no
ignoraría que esas bailarinas de vaporosas gasas blan-
cas ya no existen. El arte, la estética, el buen gusto,
las han desterrado del teatro.

Ya pasaron los tiempos en que esas muñecas hacían
piruetas en todas las óperas de éxito. Hoy visten de
acuerdo con la época, el país, el ambiente en que se
desarrolla el drama operístico; por ende, nada de
tu-tu, y la malla se ha visto desalojada por las... ro-
sadas carnes de las picarescas hijas de Terpsicore...

Bien comprendo que esto es catastrófico para nues-
tro Degas nacional... El Degas francés — el verda-
dero — vivió en la era heroica del *tu-tu* y de la ma-
lla. El "foyer" de la Opera de París, era en aquel
entonces, punto de cita de intelectuales, políticos,
artistas, viejos verdes, todos ellos amigos de las Mada-
mes Cardinal y admiradores de sus hijas, las Petites
Cardinal!

El arte de Degas-el-buena, fué un arte circunstan-
cial, vivido; fué reflejo de una época y visión de una
casta que ocupaba un sitio importante en la vida
parisina.

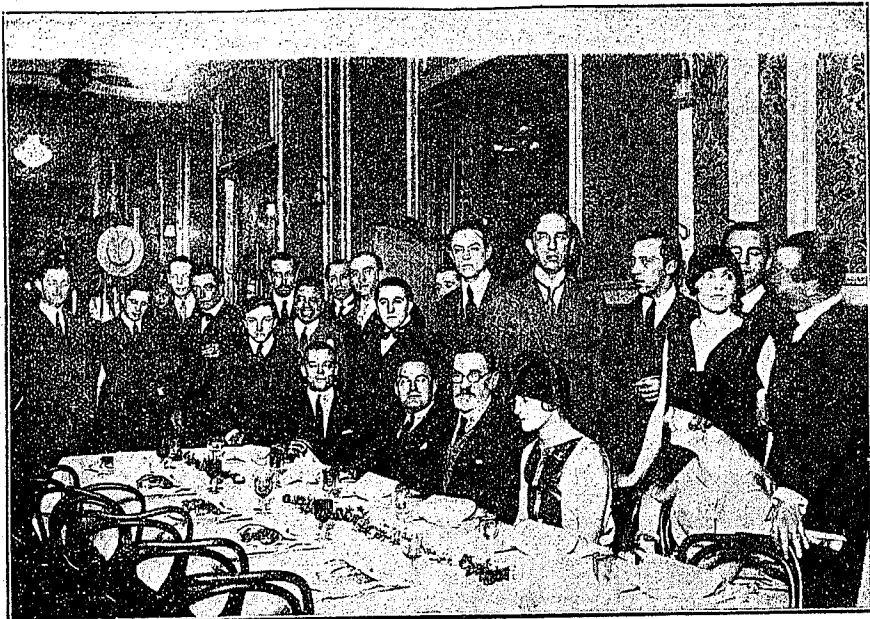
El arte de Degas-el-malo, es mala literatura... Hay
quien pinta la realidad, más o menos idealizada y hay
quien pinta intelectualmente. Un Gustave Moreau ha-
rá esoterismo, misticismo un Puvís de Chavannes;
otros cultivarán la historia, la Biblia, la literatura, el
simbolismo, la filosofía, etc. Literatura, sí, pero repre-
sentativa del espíritu místico, épico, poético, imagina-
tivo, de la humanidad; reflejo de las inquietudes y de
las más elevadas concepciones del alma... Más ele-
vadas, por cierto, que las de Thibon de Libian que
en el *pasado* sólo evoca proxenetas, meretrices, payasos
y malabaristas; que visten y accionan a la Degas;
cu vez de ser personajes de nuestra época y de nuestro
país!

Para justificar su obra de mal copista, nuestro De-
gas nacional afirma que pinta lo que siente... La-
mentable y desconsoladora confesión, pues evidencia
prostitución *mental* y degasismo mal digerido!

Lo repito: que un asiduo concurrente a la vida tea-
tral de Buenos Aires pintara Milonguitas, bailarinas,
más o menos rusas, sin malla y sin *tu-tu*, bien esta-
ría; pero dedicarse a las Petites Cardinal de antaño y
de allende los mares, no tiene perdón de Dios, nun-
ca pese a los pobres entes de la Comisión Nacional
de Bellas Artes y del jurado municipal, que premian
con tanto entusiasmo esos sensuales solitarios.

JUAN PEREZ Y PEREZ

En honor de Jules Supervielle



Con motivo de su breve visita al país, y después de haberse embarcado en Montevideo, "Fron", "Noticias Literarias" y "MARTIN FIERRO", ofrecieron al admirable poeta de "Débarederos" y novelista de "L'homme de la Pompe", M. Jules Supervielle, una pequeña demostración que se realizó a principios del mes anterior en el Restaurant Martín y resultó en extremo simpática, por la cordialidad del ambiente y la efusión lírica de los comensales, expresada en variada lectura y recitación de poemas. El grabado que docu-

manta el sencillo acto muestra parte de los comensales: (de pie) señores: XX, Raúl González Tuñón, Arq. Alberto Prebisch, Ing. Eduardo Gironde, Dr. Brándan Carruffa, Alberto Gironde, Pablo Rojas Paz, Evar Mónde, Alvaro Melián Lafinur, D. Salguero De la Hanty, Sandro Piantanida, A. Xul Solar, Jules Superviello, Ernesto Palacio, Sra. Delia Del Carril, Julio Rinaldini, Ricardo Guiraldes; (sentados) Dr. Sergio Piñero, Arq. Juan Carlos Figari Castro, Dr. Pedro Figari, Sras. de Superviello y Adelina Del Carril de Guiraldes.

¿QUIEN ES "MARTIN FIERRO"?

La incomprensión, la ignorancia, cuando no la mala fe de ciertos individuos que morderían a la literatura, — el bajo fondo de la literatura, — nos obliga a repetidas aclaraciones, a definir las ideas que abrigamos, como si no bastara el desarrollo de nuestro programa, número a número, nuestro programa mínimo, ya que esa misma inercia obstructora, provocándonos conflictos cuando no externos, intestinos, dificulta nuestro empeño, aparte de que, al hacernos extender acerca de la índole del periódico, nos fuerza a aparecer como si estuviéramos, especie de Bhudas, ocupados en mirarnos constantemente el ombligo.

No repetiremos más nuestro programa: lo iremos realizando. No daremos a "nuestros cretinos" nuevas ex-supina. Defendoremos, eso sí, la obra común, que impon-plicaciones. Pensaremos de largo frente a su ignorancia ta sacrificios y cierta dosis de heroísmo en medio de la baja sensenualidad ambiente. Y, a los que vaticanan vuelta a vuelta la desaparición del periódico, y a los que preguntan con mala intención "si irá a seguir sa-liendo", los diremos: MARTIN FIERRO advertirá a sus lectores el día que desee suspender su publicación, que será cuando llegue el momento en quo nos desagra-de seguir publicándolo.

Al año justo de haberse comenzado a organizar esta empresa desinteresada, cuyo móvil primordial fuera intentar la creación de un ambiente artístico, cumplir una acción depuradora, coordinar el espíritu desorientado de la juventud intelectual, remover el agua muerta de la crisis de opinión, dar a conocer los nuevos valores y mostrar las tendencias literarias y artísticas que apuntan o se definen en nuestro medio, — por audaces que ellas sean, — para cumplir nuestro plan de difusión de ideas e intenciones modernas, por vía de constituir el periódico en un reflejo del alma argentina del día, se nos ha de permitir la indiscreción de decir, finalmente, quién es MARTÍN FIERRO.

En las filas del grupo figura la gran mayoría de los valores de avanzada intelectual con que cuenta actualmente el país; todos los más notables poetas argentinos; los mejores prosistas nuevos; los representantes de las ideas más modernas en cuestiones científicas y filosóficas; los cróderos de nuevas formas y normas estéticas; los revolucionarios en literatura y artes plásticas; en oposición al espíritu reaccionario o conservador, cuyos representantes, si por propia equivo-

cación, un momento formaron parte del grupo, fueron eliminándose al comprender su error, como es el caso ocurrido últimamente.

El núcleo activo de **MARTIN FIERRO** (redactores y colaboradores permanentes) es el que sigue: José B. Carrola (fundador), Leonidas Campbell (fundador del "Martín Fierro" de 1919 y del actual), H. Carambat (redactor del anterior y fundador del presente periódico), Córdova Iturburu, Luis L. Franco (fundador), Dr. Oliverio Gironde (fundador, destacando en misión de propaganda y vinculación con las juventudes intelectuales de América y Europa), Luis Góngora, Ricardo Güiraldes, Ernesto Palacio (fundador), Emilio Pettoruti, Dr. Sergio Piffero, Arq. Alberto Prebisch, Pablo Rojas Paz (fundador), Xul Solar, Gastón O. Talamón (fundador), Evar Méndez (redactor del anterior **MARTIN FIERRO** y fundador del presente), director del periódico.

Colaboradores (adherentes o simpatizantes con el programa de MARTÍN PIERRÓ): Enrique M. Amorín, Jorge Luis Borges, Luis Cané, Dr. Brandán Carrasía, Andrés L. Caro, Dr. Pedro Figari, Raúl González Tuñón, Pedro Herreros, Leopoldo Hurtado, Piero Illari, Keller Sarmiento, Eduardo González Lanuza, Vizconde Emilio de Lazcano Togui, Luis Le-Bellot, Roberto Ledesma, Francisco López Marín, Dr. Manuel Lugones, Leopoldo Marechal, Eduardo María de Ocampo, Sándor Plantainda, Sandro Volta, René Zapata Quesada; colaboradores gráficos: Federico Boxaca, Bonomi, Emilio Centurión, Quirino Cristiani, Lino Palacio, Francisco A. Palomar, Alejandro Sirio.

MARTIN TIERRA, además de colaboraciones de la mayoría de los anteriores, ha publicado textos de: Dr. Mariano A. Barrenechea, Dr. Mario Bravo, Pablo Della Costa, Fernando Fader, Dr. Macedonio Fernández, Santiago Ganduglia, Samuel Glusberg, Carlos M. Grünberg, Alberto Gutiérrez Castro, Luis María Jordán, Nora Lange, Leopoldo Lugones, Roberto Mariani, Conrado Nalé Roxlo, Nicolás Olivari, Horacio A. Rega Molina, Ricardo Rojas, Vicente De Sierra, Andrés Ternaga, Pedro Juan Vignale.

¡Ayude a Martín Fierro!

Subscripción (única) por un año \$ 2.50

Avisos \$ 2 el centímetro.

Apologia del dilettante

—¿Apología del dilettante, el hombre que no traspasa nunca la superficie de las cosas?

—Si es superficial, es frívolo; y, si es frívolo, no tiene excusa. Como no la tiene don Juan, que se queda siempre en la superficie del amor.

—¿Y si don Juan fuera, al contrario, el verdadero amante? ¿Si al enamorarse de cada mujer que encuentra fuese por el amor perfecto que desea y que no realiza?

—¡Qué infinita sed de cultura tiene el dilettante! Pero como no puede llegar al fondo, se queda en la espuma de los cosas. El dilettante es un fruto de la época. Cuando la vida no iba tan de prisa, el dilettante se llamaba Aristóteles, Raimundo Lulio, Goethe o Leonardo.

En la actualidad, del dilettante hay la curiosidad, el deseo de saberlo todo. Pero cuando está a punto de penetrar al pozo — de la ciencia, acaso, — con un pic ya dentro, jinete sobre el brocal, algo hay allí cerca — o lejos — que lo atrae, que lo llama, que lo enamora, como una nueva mujer.

¿Qué otra cosa que ir hacia lo nuevo puede hacer este don Juan ante tantos aspectos de la vida, ante tantas cosas, ante tantos temas que le guñan los ojos?

La *apología del dilettante* es su sed de saber. So parece más al filósofo que al sabio, por ambicioso. El dilettante — a pesar de lo *snob* — morirá diciendo: *Luz. más luz.*

EL DILETANTISMO DE LA ACTUAL CULTURA
MEXICANA

—Los hijos de una generación fuerte son siempre inferiores a ella, me decía Alfonso.

—Sí, Alfonso, es verdad y la generación fuerte, en México, no es la *actual nueva*, sino la *actual madura*. En México, ha habido tres épocas brillantes de la cultura: la época colonial — quizá sobre todo, el siglo XVIII en que la Real y Pontificia Universidad ya estudiaba algunas atrevidas cuestiones filosóficas — Bacon y Descartes— o cuando menos sus mejores figuras se ocupaban en ellas si no pública, si privadamente. ePríodo que llenan, si no hubieran otras figuras respetables, la legión de sabios jesuitas; generación cuya cultura estaba formada sobre las firmes bases clásicas y a la que debemos cuanto sabemos sobre la historia antigua de México. Es entonces cuando la arquitectura entre una y otra tendencia nos va dejando los monumentos de esta metrópoli, que no lo era en la política, pero llegó a ser llamada la Atenas del Nuevo

He aquí la nómina de accionistas de MARTÍN FIERRO (fundadores, simpatizantes o protectores del periódico) en la cual no figuran aquellos tomadores de acciones que aun no han hecho efectivo su importe o bien no tienen sus cuentas al día, alrededor de otras veinte personas: Arq. Raúl Alvarez, Dr. Mariano A. Barrenechea, Jorge Luis Borges, Dr. Mario Bravo, Alfredo R. Buffano, José B. Cairola, Leonidas Campbell, Dr. Nicolás Capizzano, H. Carambat, Emilio Centurión, Córdova Iturburu, Dr. Abel Chaneton, José Eduardo Delort, Dr. Fernández Morano, Dr. Pedro Figari, Arq. Juan Carlos Figari Castro, J. Mario Flores, Luis L. Franco, Juan, Arq. Eduardo, Rafael, Alberto y Dr. Oliverio Gironde, Sra. H. P. de Gironde, Samuel Glusberg, Carlos M. Grünberg, Ricardo Güiraldes, Leopoldo Lugones, José Mazzanti, Delfín Medina, Evar Méndez, Ernesto Morales, Dr. Pedro Miguel Obligado, Eduardo María de Ocampo, Dr. Julio Olivera, Dr. Pedro Palacio, Francisco A. Peirano, Dr. Sergio Piñero, Martín Podestá, Dr. Juan Carlos Rébora, Dr. Nerio Rojas, Pablo Rojas Paz, Dr. José V. Santos, Gastón O. Talamón, Adolfo Trascaso, Agustín Valdés.—EL DIRECTOR.

COOPERATIVA EDITORIAL
«BUENOS AIRES»

Ultimos libros publicados:

CARLOS B. QUIROGA:	Alma Popular	\$ 2.50
MOISES KANTOR:	Leyendas dramáticas	„ 2.50
LUIS MARIA JODAN:	Cartas de un extranjero	„ 2.50
R. FRANCISCO MAZZONI:	El Médano Florecido	„ 2.50
ROBERTO P. GIUSTI:	Crítica y Polémica (2a ser.)	2.60
C. IBARGUREN:	Historias del tiempo clásico	„ 2.50

En venta en todas las buenas librerías de
la República

Agencia General de Librería, y Publicaciones : RIVADAVIA 1573

Mundo. La pintura asciende a primera manifestación de la civilización de entonces, con los dos Echaves, con los dos Juárez y con el mejor de ellos, Sebastián de Arteaga. En la ciencia, la sólida cultura de Sigüenza y Góngora sería ya bastante; pero se va a completar con las dos figuras centrales de la literatura: Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. Si hasta el puro retoricismo de los 350 retrógrados latinos de Valencia, ingenio, talento y cultura al fin, son muestra del ocio floreciente de la época.

A todo este período que abarca, claro está, más de una generación; sigue, sin embargo, la decadencia, en ciencias, en arte, en literatura.

Para volver a encontrar el segundo período brillante de la civilización en México, habremos de llegar hasta el que comprende parte de la Reforma — la última — cuyos hombres sobrepasan la época que viven, y a la que glorifican, y que derraman sus claros talentos en la tribuna y en los libros. Civilización ésta cuya manifestación es, sobre todo, generosamente espiritual, de entusiasmo, de fe, de abnegación y de clara visión de los problemas y de fuerte voluntad para resolverlos. Este período abarca hasta el Nigromante y Altamirano y hasta la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria por Barrera, que inicia el intento de educación científica, un poco dislocada del clasicismo.

Hay también después un período de lago muerto, sobre el que va a aparecer la figura de Gutiérrez Nájera, que inicia la renovación — en literatura —, la cual va a culminar — en plena gestación — a principios del siglo XX, con el florecer, meramente literario, de la *Revista Moderna*.

Dentro del período de calma aparente, dominada por el ademán generoso de D. Justo, se gestaba la formación del espíritu nuevo: había de surgir, enérgico y tenaz, en la generación del Ateneo. De los conferencistas del Ateneo se habían de formar las figuras de la cultura de hoy, las figuras ya maduras de nuestra cultura, que todavía nos cobijan con su sombra bienhechora. En esta generación tendría lugar muy especial la figura de Enriquez Ureña, sembrador de dudas, de ideas y de entusiasmos.

¿Qué había de venir tras de esta generación generosa y atrevida? Correspondiendo un poco a esta generación de críticos trastornadores y sabios jóvenes, se agitaba en el fondo del lago muerto la tempestad de la revolución social. Más de una década va ya de este revuelto mar de crisis ideológica y social. ¿Qué podía esperarse de la juventud criada entre el estruendo de la lucha, que agudizó la miseria de México, sobre todo la de la clase media? Entre miserias e inquietudes, esta juventud más quisiera ocupar de una vez su puesto en la cosa pública que elaborar una civilización, en gabinetes y laboratorios que no existen. Más quisiera realizarla con los hechos que con los estudios. Más quisiera hacer una civilización que pensarla. Más quisiera obrar que no pensar.

¿Podía ser de otra manera esta generación de improvisados con barnices de cultura adquirida a ratos, en las escasos centros de estudios, entre una revolución y otra revolución?

Desterrada, además, como en ninguna otra parte, la cultura clásica, base firmísima de toda civilización occidental, ¿cómo había de ser ésta una generación de jóvenes cultos? ¿Cómo podían haber hecho su cultura estos jóvenes que no tenían siquiera, además de la tranquilidad para el estudio, ni los libros, ni los guías para encontrarlos?

Sólo un vigía había quedado en el naufragio de nuestra discutida cultura: Antonio Caso. Aislado, solo, generoso, entusiasta, sintiendo que en él estaba el espíritu del Ateneo, formó una tras otra, dos, casi tres generaciones. Generaciones naufragas que sólo tienen el recuerdo inolvidable del arrebatado elocuente y — unos que otros — la iniciación y la inquietud de los problemas filosóficos y sociales.

Cuando al iniciarse la tercera década vuelven al

PEQUEÑAS SILUETAS

Don Luis es un temperamento desconcertante para unos, complejo para otros, misterioso para los de más allá y sencillamente normal para un observador de mundo.

La imaginación, o la pereza mental, de la mayor parte de los que se preocupan de don Luis lo ven envuelto en fantásticas atribuciones.

El buen hombre es parlero, es amable... es hasta capaz de hacer un servicio a tiempo a cualquiera que le haga un cuento, por poco literario que sea. Todo lo sabe en materia de santos, cumpleaños, ascensos, nacimientos y bautizos. La actualidad social tiene en este hombre su micrófono nato.

Don Luis es, naturalmente, soltero y sin "filos", a pesar de no tener más allá de los nueve lustros. Viste bien, habla un poco de francés, del que hace gala con cierto tino que lo muestra como culto algunas veces, y nadie sabe dónde ni de qué vive... ¿Para qué? ¡No hay tiempo! En la vida moderna no se piensa en los demás sino cuando se les necesita.

Pero nuestro hombre es un valor activo en la baraja social de la breve ciudad de provincia, es decir, de la capital imitadora y chusca. La imitación es siempre grotesca.

Ha de decirse que las relaciones que este caballero tiene en las esferas de los gobiernos temporales o eternos, son considerables? Porque don Luis es un temperamento "esencialmente diplomático", al decir de cierto magnate de negocios turbios e imperceptibles que le tiene a caso más como instrumento que como confidente y amigo.

Don Luis vive bien, don Luis parece rico, es desconcertante aquí, complejo allá, misterioso después.

Pero es que se obstinan muchos en no ver en este personaje al pequeño fariseo, al simulador servil, bueno para nada y para todo, producto de un concepto ancestral volcado en este tiempo...

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

país o acentúan su influencia por medio de los libros, los hombres de aquella generación renovadora, unos cuantos sabían y recordaban lo que había sido y representaba el Ateneo. Agitador de juventudes, vuelve Enriquez Ureña. Encantador de juventudes, escribe, cada vez más leído, Alfonso Reyes. Rebelde y atrevido, con la clara visión de los problemas, socialista y despótico, vuelve Vasconcelos. Las juventudes naufragas se agruparon de nuevo; todo parecía que se iniciaba el renacimiento.

Faltaba, sin embargo, la base en el saber y faltaba también la base en el obrar. Sin cultura y sin carácter, juventud perdida, fué incapaz de iniciar a la sombra de este grupo y fortalecer la verdadera cultura: la mayor parte no habían leído a Platón ni a Aristóteles, a Homero ni a Esquilo. Habían oído nombrar a Kant y Goethe, habían leído quizá un poco a Nietzsche, a quien habían tomado por *boutade*, y todos hablaban de Bergson, sin haberlo leído. O los literatos, si recibían revistas francesas, se volvían locos entre aquel mar de nombres internacionales escritos en francés y aquella carrera desenfundada hacia todas las locuras como protesta contra las cosas bonitas y de gabinete.

Sin embargo, algunos había que sentían en el fondo, a veces ocultas, pero al fin continuas las inquietudes de la cultura. ¿Qué hacer, por dónde comenzar? Los libros comenzaban a llegar o se publicaban aquí; aquí estaban también los guías; pero en cambio la vida los tiraba hacia el trabajo improvisado y que debía ser eficaz. Inesperadamente se les presentaban perspectivas y posibilidades no imaginadas. Era menester aprovecharlas. Algunos las aprovecharon definitivamente. Otros, o no eran lo bastante eficaces en la gran labor o, acostumbrados a discurrir libremente entre las cosas, no querían someterse a una disciplina, cualquiera que fuese, y siguieron su vida de vagabundos de cultura, picando aquí, asomándose allí; encontrando a veces admirables obras y hombres antes desconocidos y formando así, un poco, la cultura, por sí mismos.

Pero por grande que sea el amor de la cultura, por infinita la sed, por grande la curiosidad, el tiempo no ha corrido en balde y por mirar las piedras del camino, esta juventud, curiosa y desconcertada, se ha quedado perdida a la vera o asoma entre los breñales de la política y en algunos escasos altozanos. No alcanzar a diez los que han llegado, o cuando menos los que han seguido su camino: quiero contar entre los últimos a Samuel Ramos, de clara inteligencia y aficiones filosóficas. Acaso debo nombrar también de entre los últimos a Daniel Cosío, a pesar de ser mi amigo,

A UNA NUEVA REVISTA
(POEMA SUPERPOSICIONISTA)

Vereda subidora
"HOY"
MILONGUITA
—Vamos?
—Voy

Se saca la camisa la aurora
Panlaguado { Farola crucificada en la esquina
Rega Molina { SILIMBANI
{ La Boca
{ Boedo
{ El Bolicho } Esperanza de olvido que [se fatiga

En camisa
la luna tambaleante de risa
se agaña la barriga

LUISA BORJA.

hombre de pensamiento y letras, de inquietudes filosóficas y sociales.

Los literatos están muertos. Los poetas — salvo alguno — o son repetidores o equilibristas.

Somos, pues, Alfonso, apenas una generación de dilettanti. Por eso sentía la necesidad de escribir su *apología*.

EL PORVENIR DE LA CULTURA NACIONAL

La vida moderna — ya lo decía Comte — exige especialistas. Entre éstos, también, al especialista en generalidades.

Los jóvenes en México deben saber hacerlo todo. El desconcierto y las inquietudes todavía no acaban. No saben cada uno, todavía, qué van a hacer. Es menester estar prevenidos. Las orientaciones de la patria pueden ser las más inesperadas, aunque lo más probable es que se aquieten los espíritus y que hombres serenos, no ignorantes de la crisis, se avoquen el conocimiento y resolución de los problemas. Donde le toque estar — un poco al azar — al joven cuando venga este aquietamiento, por allí hará su carrera, por allí hará su cultura. Y aunque el más serio problema de toda juventud es esta eterna inquietud de la dirección, inquietud un poco feliz, tras de tanto tanteo, irá encontrando al fin la suya y, por donde más hayan despertado sus aficiones en este vagabundear de sus estudios, por allí ahondará, por allí seguirá y acaso también por allí florecerá aunque tarde. Juventud retrasada que tendrá, sin embargo, el placer de verse prolongada tanto como se hayan prolongado sus inquietudes y sus indecisiones, sus dudas y su secreta alegría de desconfianza.

Eduardo VILLASEÑOR.

EDICIONES SAMET
DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

PRISMAS

FOR EDUARDO GONZALEZ LANUZA
\$ 1.80

BLAS PASCAL

Y OTROS ENSAYOS
FOR RICHARDO SAENZ HAYES
\$ 2.50

PETALOS EN EL ESTANQUE

FOR HECTOR I. EANDI
\$ 2.00

"La Calle de la Tarde"
Por Nora Lange \$ 1.—

"Las Horas Alucinadas"
Por Evar Méndez. \$ 2.50

AVENIDA DE MAYO 1242 - BUENOS AIRES



140

VOLUMEN EDITADO POR
"La Cultura Argentina"

Son el exponente más completo
de la intelectualidad nacional
Vol. formato menor \$ 1.—
" " " mayor " 2.—
Pida, hoy, prospectos a
Vucaro - Avenida de Mayo 538

AQUEL QUE RECIBE LAS BOFTADAS

("Quello che prende gli schiaffi")

...por no saber acabar
vivió dejándose morir.

Corbière.

Esa es la montaña. Tan alta, tan agresiva, que me sacude un estremecimiento. Apenas puedo ver hasta dónde llega. A veces creo que hasta allí, pero no es cierto. Miro otra vez y veo que se prolonga y se prolonga...

Aprieto los puños. Miro a mi alrededor con mirada salvaje. Voy a escalarla. Quiero escalarla. Robaré aquellas luces que cuelgan del cielo. Incitan, seducen...

Quiero robarlas. Agarraré todas las que pueda. Siento que mis manos se agrandan. Siento mis manos húmedas; mojaditas por estrellas. ¡Y en ellas no hay nada!

Todas las meteré en mis bolsillos. Vendré después aquí a mostrarlas.

Brillarán y brillarán.

Los que ostentan en sus dedos joyas falsas se oscurecerán y esas joyas arrastrarán a los dedos para que se oculten en los bolsillos.

Las que hagan brillar en sus gargantas piedras falsas se oscurecerán y esas piedras se deslizarán una a una hacia los senos; por hábito adoptarán gestos de hombre y seguirán desliziándose.

Agarraré todas las estrellas que pueda. Llevaré una red y las cazaré como a las mariposas.

¿Quién dice que una estrella no cabe en mi mano?

Me he caído. Miro la sangre. Debe haber mucha en mis manos. No puedo, no puedo ir hasta allá.

¿Qué es eso? Ahora veo mejor. Algo se ha roto en mis ojos. Los siento más ligeros, más ágiles. Puedo contemplar la cumbre. Y allá hay algo, algo que se mueve, que se agita.

Es muy pequeño ese algo.

Debe ser un hombre.

Feliz ese hombre que ha llegado hasta allá. Feliz ese hombre porque ha sentido lo poco que es y lo mucho que vale.

Feliz por haberse olvidado un poco de sí mismo.

¿Pero es un hombre ese?

No. Lo que tenía de hombre lo ha dejado en la tierra. Las estrellas se desparraman y lo peinan.

El sol, mañana, le tirará sus monedas de oro. El sol ya está enfermo. Lo denuncian sus manchas: Sifilis. Quiere ocultarlas con oro, pero es inútil. ¡Sol imbécil que se avergüenza de su enfermedad!

Los hombres lo han mirado demasiado y algo de esas miradas se ha pegado a él. El sol tiene alma de hombre. ¿No quiere meter monedas de oro en el bolsillo de "aquel"?

Aquel se sienta. Está cansado de no ser un poco idiota, de haber perdido todas sus condiciones humanas. Allá, a lo lejos, veo sombras que avanzan lentamente.

Ya están cerca. Hombres y hombres. Un sufrimiento horrible se abre en sus rostros.

Han llegado al pie de la montaña, jadeantes. Ahora los veo bien. Les falta la tapa del cráneo. Sus cabezas son copas sangrientas. Pedazos de sesos dislocados.

Escalan la montaña. De sus sesos se desprende un pus pegajoso que inunda la cabeza.

Avanzan. Llegan a la cima.

La oscuridad se apodera de todo. Pero puedo ver todavía la sangre y el pus con que ellos han cubierto la montaña.

¿Circó? ¿Teatro? No sé, pero está mal, muy mal. Aquí no se comprenderá a "aquel que recibe las bofetadas"; aquí no se debe comprender eso.

¿Circó? ¿Teatro? No, no y no.

Debe representarse en una inmensa esfera de cristal, hueca. Esfera dividida en pequeños triángulos; cada uno de ellos pintado con un color que jamás estará en otro triángulo y que, sin embargo, parece que está. Allí, dentro de esa esfera debe condensarse la vida de aquel". ¡Si fuera posible sustituir la esfera por una retorta!

¡Qué obriedad de arte!

Y yo siento y yo veo todo lo que pasa en esa esfera que gira incesantemente.

Veo más. Veo mi reflejo. Que siempre debe haber un poco de uno en la esfera.

Alejados de la esfera, muy alejados, porque los produce vértigos, porque toman que se escape de allí algo que no saben lo que es y que los tocará en la frente o en el pecho, están ellos.

Acá, en lo alto, las cuatro del Avenida Keller; ella maldiciendo ese instrumento agigantado por sus deseos de que lo corten un poco...

Si las hilachas de mi bolsillo
saben guiar un ojo al oro,
le compraré un caramillo
y así se salvará el decoro.

BIBLIOGRAFIA

La Venus Calchaquí, por Bernardo González Arrioli.— Francamente, acabo de leer este libro, y no sé qué pensar: si decir como nuestro compañero de tareas Héctor Castillo cuando se refería al libro de Gálvez: "Yo no debería haber leído este último libro...", o aprobarme a mí mismo la lectura, sin perjuicio de condenar a su autor. Opto por esto último.

Si algo hay que perdonar en González Arrioli (disimúlase el énfasis) es la intención que fluye del conjunto. Creo que por sobre todo se ha deseado construir una obra literaria de decisivo valor tradicionalista y nacional. Mis elogios. Nuestro pasado indígena ofrece una fuente inagotable de motivos artísticos, ya sea en la arquitectura, pintura o poesía. El autor así lo ha comprendido al tomar como argumento de su obra el espíritu de la raza calchaquí encarnado en el cacique don Juan "áspero y greñudo señor de las montañas". Los conquistadores no fueron más que obstáculo para desviar la personalidad autóctona. Y nuestra raza en formación, "aquellos" que conservamos de indios, no podrá perdonar tan fácilmente a los aventureros de Europa la conquista en nombre de una civilización decrépita...

Pero la historia de este don Juan, que es cacique y es "don", hubiera podido prestarse a algo más que un sueño que termina con los inocentes cuentos de sueños, en sentido contrario a lo que el autor sugiere en las primeras páginas y en las largas tiradas de peroración histórica un tanto enfática y patética. ¿Qué quiero decir ese final donde se suicida tan despiadadamente aquella "señorita" calchaquí? ¿Es para demostrarnos la incompreensión del hombre moderno, de la nueva raza? ¿Es para dar la sensación de un fracaso? ¿O sencillamente para terminar con el personaje como Pirandello en "Seis personajes en busca de autor"?

Aunque la trama se desarrolla durante el sueño, motivo más que suficiente para perdonar muchas fantasías, nos resulta grotesco y corista esta india de pura cepa que se civiliza tan rápidamente, casi instantáneamente, que de besos como ventosas y posee refinamientos de francesa de boulevard... Mejor hubiera sido dejarla india, en su sencillez, ignorante, brutal, propia del ambiente donde naciera. ¿No cree el señor González Arrioli que convertir una india en francesa o en argentina de melonita, es obligar a la raza que enaltece, a dar un salto atrás? ¿No cree que sacándola del medio natural de su vida, le hurta personalidad para convertirla en un elemento híbrido y anacrónico en el centro donde irá a actuar? Esto es en contra de la raza. Aurelio es un paneto. Ernestina una demi-vierge, ya parida.

¿Por qué tanta "comilla"? Se me figura al autor

En lo alto. Apoyadas en algo que no se ve y que no debe estar. Efectúan eso que todos conocemos. Eso. Entre. Mis ojos se despiertan de sorpresa. ¿Qué? Esos no comprenderán a "aquel". Trajes azules, grises... ¡Vestidos! No. Esos no comprenderán.

Para saber quién es "aquel" hay que estar como yo: desnudo. Desnudo. Solamente con este bastón: nudo que ahora mis impetus, con este bastón frívolo que quiere escaparse.

Como un caramelo que saco del fondo [del fondo] de este pañuelo rojo que sostengo por sus cuatro puntas. ¿Por qué cuatro?

Los colores de este papel en que está envuelto el primer caramelo, me encantan. Arrojo el papel y ya he sentido la pérdida.

No quiero buscarlo por todos esos que me miran. Graves, cejijuntos, hieráticos, momificados, con ese gesto de bravucones que tienen los hombres que van a meter sus manos en sus cráneos y a desparramar las ideas como si fueran avellanas.

Esos, esos son los que quieren comprender a "aquel".

El oscenar huye de mis ojos. Mi bastón me agarra como prostituta enferma. Me doy vuelta y miro. Aquí y allí. Siempre los mismos gestos. Los mismos rostros graves, cejijuntos, hieráticos, momificados.

Esos son los que han ido para ver y los casilleros de su cerebro les han tapado los ojos.

Siento lo que me muerde los labios. Es el deseo de tirar algo.

Hago rebotar mi carecajada contra la pared.

Doy un puntapié a una cosa que está delante de mí, y mi pie queda en el aire. No ha encontrado nada. Pero me siento otro.

Estoy arrepentido de lo que he hecho. ¿Un puntapié a la vida? No. Ni vale la pena.

Así he comprendido a "aquel que recibe las bofetadas".

Stul DE ZITR.

lavándose las manos para no comprometerse con el uso de ciertos modismos. La coma abunda en tal forma, que a veces parece grajea dispersada sobre una yema quemada. Hay golosina literaria, a veces hasta empalagarse.

Aparte de ello posee González Arrioli condiciones de pintor, bien entendido, en la forma de describir los paisajes y las impresiones de la naturaleza. Pudiera anotar verdaderos hallazgos felicísimos. En cuanto a la fijación de caracteres de los personajes, es sutil y suelo caer en la justa.

Yo no sé la edad que cuenta el autor de "La Venus Calchaquí". Si fuera joven le diría que tiene un brillante porvenir como escritor. Pero es necesario trabajar mucho. Yo también estoy en eso...

Serge PANINE.

Dos nuevos volúmenes de poesías, "El cántaro de plata", de Fermín Estrella Gutiérrez, y "Líricas", de Clemente Mozzi, nos han dado la satisfacción de comprobar una vez más que hay, en efecto, entre nosotros, una juventud talentosa dedicada a la cultura y a la creación artística. Es realmente edificante la cantidad de libros aceptables que han venido apareciendo antes y después de éstos que ahora nos ocupan.

Si motivo existe de considerarlos a la vez no es otro que el de haber llegado juntos a nuestras manos, puesto que no los une ninguna relación, que no sea de contraste. Efectivamente, se diría que son distintos hasta en la forma en que fueron creados, y es que Estrella Gutiérrez escribe a base de pasado, mientras que Mozzi lo hace sobre presente, es decir, que expresan sus emociones, aquél cuando las evoca, y éste a medida que las experimenta. Esta diversidad se advierte incluso en sendos poemas en que cantan ambos el mismo asunto, la hora que pasa "dejando atrás, para el primero, sus ilusiones muertas, y a la que "se ciñe, el segundo, en un abrazo estrecho".

Por donde se explica que haya serenidad y madurez mayores en "El Cántaro de plata" y más exaltación en "Líricas".

Aunque las comparaciones sean siempre odiosas, no queremos ocultar que la mayor confianza nos la merece Estrella Gutiérrez, porque si bien ambas formas de cantar son igualmente eficaces, la suya indica una verdadera religión artística y en cambio la de Mozzi suole ser sólo una necesidad, esa que tuvo en su tiempo el almacenero de la esquina, quien me dice ahora con un tono protector y misericordioso.—Muy bien, jovencito, yo también escribiré versos a su edad.

Pedimos disculpas al poeta de "Líricas", por haber hecho estas reflexiones al margen de su libro, y nos apresuramos a decir que hay entre sus composiciones eróticas, en su mayor parte, algunas de efectivo mérito, por la robustez y novedad de la forma, aunque sus versos resulten muchas veces inarmónicos y oscuros.

Por el contrario, Estrella Gutiérrez construye estrofas musicales y cristalinas, que se armonizan con la sutileza de sus asuntos, casi siempre sentimentales. Conviene hacerle notar que los poemas rimados de su libro son mucho más ricos en expresión que los restantes, lo cual nos confirma en nuestra opinión, conteste con la del divino Anatolio, de que el consonante es un estímulo de la fantasía, donde hace de campanilla llamando a la metáfora. — R. L.

Libros y revistas recibidas: *Prismas*, poemas por Eduardo González Lanuza; La calle de la tarde, poemas obras de Emilio Pettoruti, reproducciones, prólogo de Ricardo Güiraldes; *Pétalos en el estanque*, poemas en prosa, por Héctor I. Bardi; *Motivos del cielo*, poesías, por Ezequiel Martínez Estrada; La locura de mis ojos, poesías, por Rafael Jijena Sánchez; Baha del diablo, novelas y cuentos por Ernesto Mario Barreda; La esfinge torturante, novelas cortas, por José Liebermann; *Imoralidades actuales*, cuentos y sátiras, por Enzo Aloisi; Agua del tiempo, poemas nativos y otros, por Fernán Silva Valdés, 3.ª edición, Montevideo; La novella del lupi, por Ramón del Valle Inclán, versión de Alessandro de Stefani, primer volumen de Los maestros del teatro, de la editorial Piantanida Valcarenghi, Milán; Oro de ley, poemas, por P. Lahoz, Madrid; Kindergarten, poemas ingenuos, por Francisco Luis Bernárdez, estampas de Fernández Mazas, Madrid; Proa; Revista de América; Fuego; Renovación; El Suplemento; La novela semanal; Páginas de Columba; Prometeo; Céltiga; Nativá, de la Capital. Valoraciones; Bases, de la Plata. La Cruz del Sur y Nueva Generación, de Montevideo; Repertorio Americano, de San José de Costa Rica; Repertorio Americano, de San José de Costa Rica; La Antorcha, de José Vasconcellos, Méjico.

Epitafios

En este nicho reposa
un poeta arrabalero.
¡No habrán tenido otra cosa
con que llenar este "aujero".

R. A.

Descansa en este sarcófago
El que Rhode en vida fuera.
Legó al morir el exófago
para hacer una manguera.

R. A.

Aquí está Calixto Oyuela,
bardo de escasa poesía.
Fue compañero de escuela
De Mármol y Echeverría.

Vivieron siempre en el índice
estos lectores del Cid.
Yacen en yunta Galíndez
y Atilio García y Melid.

F. L. M.

En este nicho mortuario
yace Vignale; de un tiro
cierta "Alba", Arturo Lagorio
lo asesinó en el "Retiro".

En esta fosa reposa Horacio
Rega Molina.
Como ocupaba tan poco espacio
lo han puesto al lado de una ocarina
y un par de medias de musolina
de color glauco. ¡Descansa Horacio
Rega Molina!

Aquí descansa Samuel
Glúsbeg. Su levita gris
desprestigió en el país
a los hijos de Israel.

Eslavo y Argentino.

Pedro Miguel Obligado,
triste de tanta tristeza,
anoche se ha suicidado.
Lo encontraron en su pieza
de "El hilo de oro" colgado.

El hijo de H. C.

Bajo esta loza mortuoria
Yace Jorgito Cabral.
A su vida sin igual
Mil premios le dieron gloria,
Pero refiere su historia
Que por más que trabajó
El pobre no consiguió
El de la Reina Victoria.

E. G. L.

Editorial Argentina
"MINERVA"
Esmeralda 185
U. T. LIBERTAD 0744.

NOVÍSIMA EDICIÓN
DE LAS OBRAS DE

EUGENIO CAMBACERES
Cuatro novelas argentinas

Silbidos de un Vago
(Pot-pourri)

Sin Rumbo

Con un estudio del Dr.
Ricardo Rojas.

Música Sentimental

Con un estudio del Dr.
Arturo Gómez Pastor.

En la Sangre

MANUEL T. PODESTA

Irresponsable

Novela Argentina

Reedición en homenaje
al 6 aniversario de su
muerte.

Precio de vol. cada \$ 2.50

Para evitar muchas enfermedades de carácter infeccioso-contagioso, cuya puerta de entrada es la nariz y garganta, es condición esencial mantener en actividad las defensas naturales que el organismo posee en las vías respiratorias superiores.

"NASYL"
AL MENTOL, CONTRA
RESFRIOS Y GRIPE.

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA HOMOGENIZADA

Tratamiento racional y energético de las enfermedades de la nariz, orofaringe, nasofaringe, preventivo contra el catarro tubo timpánico y la otitis. "Nasyll" al Gomenol, Desodorizante, contra la Ozena y Resfriados de los niños.

En venta en todas las buenas Farmacias y Droguerías

UNICOS REPRESENTANTES:
A. SANKO y CAMPOVOVO
Juncal, 2002 - Buenos Aires
U. T. 264, Juncal

REPRESENTANTE EN MONTEVIDEO:
F. GRUCCO
Calle Reconquista, 609



COOPERATIVA ARTISTICA

SOCIEDAD ANONIMA LIMITADA

Corrientes 641 - 647

U. T. 2858, Avenida



Taller de Cuadros — Grabados — Agua Fuertes — Útiles
para dibujo — Materiales para artistas — Marcos de estilo
— Objetos para regalos — Cuadros originales —



PALACIO DEL LIBRO

Solicite el Boletín
Bibliográfico

Las mejores
obras Literarias
y Científicas,
Argentinas,
Francesas
y Españolas.

MAIPU 49

U. T. 4860 Av.

OBRAS DE LEOPOLDO LUGONES

PUBLICADAS POR LA EDITORIAL BABEL

BAJO LA DIRECCION DE SAMUEL GLUSBERG

LAS HORAS DORADAS	Agotada
ODAS SECULARES	\$ 2.50
FILOSOFÍCULA	\$ 2.50
CUENTOS FATALES	\$ 2.50
ROMANCERO	\$ 2.50
ESTUDIOS HELÉNICOS	
I LA FUNESTA HELENA	
II UN PALADIN DE LA ILIADA	
III LA DAMA DE LA ODISEA	
IV HÉCTOR EL DOMADOR	
Cada libro, por separado a la rústica	\$ 1.—
Los cuatro en un tomo encuadernado en tela	\$ 5.—

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DE AMÉRICA

PEDIDOS A LA EDITORIAL BABEL: IRIARTE 1664 - BUENOS AIRES